

Nº15 Junio 2023

y no verás esas luces liberadas
danzando en la oscuridad enlazadas,
ajenas a memorias del pasado
también a posibles, futuras trabas,
gozando únicamente de ese astral abrazo...

LOVELACE



En este número

Sostener la mirada

Irene Guínez
François Villanueva P.
Jesús Miguel Martínez
M^a Carmen Marruecos
Diana Huarte
Jorge de Santaella
Frey Yorke
Patricio Ghezzi
Kevin Legrá
Vicent Gascó
Antonio Ramírez
Yuleisy Cruz Lezcano

Fernando Larrauri
Guillermo
Carlos Ruíz
Pilar Abia

PUEBLO DEL SUR DE FRANCIA

FOTO: SOLEDAD MIRANDA

Elena era feliz.

Trabajaba en lo que más le gustaba, escribir. Atrás quedaron los días de los talleres de escritura en los que ella era una alumna más. Ahora es una profesional y ha ganado dos prestigiosos premios. A partir de este momento de gloria, su carrera despegó, las editoriales se peleaban por ella. Se ganaba bien la vida, podía olvidarse de todos los problemas terrenales. Forma parte del jurado de numerosos concursos literarios. Tiene un blog al que dedica cuatro horas al día, es uno de los más leídos en la blogosfera literaria. Elena estaba encantada.

Hasta que llegó ella.

- ¡Despierta, despierta!
- ¿Qué?
- ¡Despierta, tenemos que hablar!
- ¿Quién es? ¿Qué hora es?
- Soy yo, abre los ojos.
- ¿Quién? ¿Cómo ha entrado en mi casa?
- Yo vivo aquí, preciosa.
- ¿Está loca? ¡Voy a llamar a la policía!
- No te enfades, hace muchos años que vivo aquí contigo.
- No entiendo.
- ¡Mírame, me conoces perfectamente, mírame!
- ¡Lo siento señora, no la conozco y no se sienta en mi cama!
- ¡Elena, mírame, me has inventado, soy fruto de tu imaginación!
- ¡Dios mío! ¿Es...?
- Vanesa, en persona. La protagonista de tus mejores historias.
- ¿Qué hace aquí? ¿Qué quiere de mí?
- Pues negociar.
- ¿Negociar? ¿Cómo? No existe. Es virtual.
- Sin mí, tú no existes, si tu cuenta bancaria está llena, es gracias a mí. Los premios que has ganado son gracias a mí, en tu blog, la mayoría de los comentarios se refieren a mí, a mis sentimientos, a mis historias. Cobro una comisión del 50% de

sus

LA REBELIÓN DE VANESA

derechos de autor. Soy el personaje principal.

- ¿Cómo se atreve?
- Me atrevo y punto. También tengo mi propia vida, la vida en Barcelona es muy cara.
- 50%
- 35%
- 40%
- ¡Pero esto es una vergüenza, protesto, es intolerable!
- No intentes hacerte pasar por una mujer honesta, es un papel que no te sienta demasiado bien. ¿Entiendes lo que quiero decir?
- No, no lo sé.
- Elena, guapa, has ganado tu primer premio gracias a mí, pero sobre todo gracias a que, digamos, la idea no ha sido del todo tuya.
- ¿Qué está insinuando, bruja?
- Digo que eres la reina del plagio, Elena. Has copiado la idea de otra escritora y acabas de ganar el premio con ese pequeño fraude.
- ¿Alguien sabe algo de esto?

- Sólo tú y yo, no te preocupes. Pero a partir de ahora, deja de plagiar o te denunciaré.
- ¿Cómo voy a escribir?
- No es mi problema. Aparte de eso, tengo

CON VOZ DE MUJER IRENE GUÍNEZ

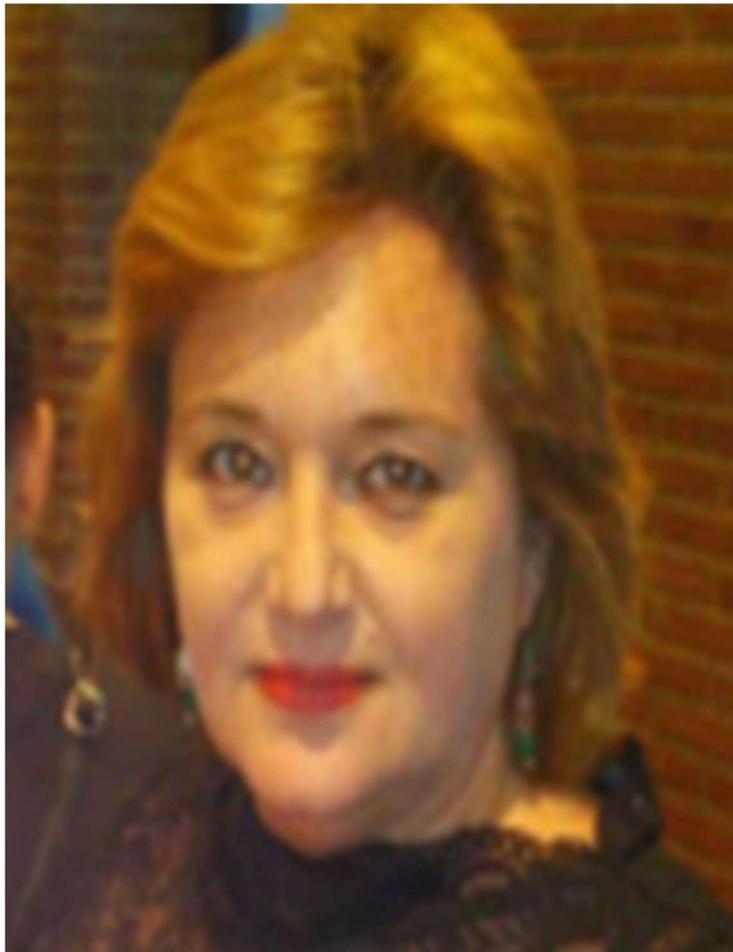
otra petición.

- ¡Dios mío, necesito una infusión!
- No, negociemos primero, luego necesitarás algo más fuerte que una infusión, te lo garantizo. Quiero más escenas de sexo. Me aburro, no soy una monja de clausura, necesito calor humano. Incluso cuando me metes en la

cama con Roberto, no hacemos nada. Eres muy cerrada, escritora. Dame algo de sexo en medio de las historias, ¿vale? Pero no con Roberto, es un inepto.

- ¡Dios mío, lo que hay que oír! Bien, sexo para Vanesa. ¿Hay algo más?
- Quiero un mes de vacaciones. Agosto o julio, lo que más te convenga. Quiero llevar mi bikini este verano. Es fucsia, con tirantes muy finos y...
- ¡Vale, vale, bien! ¿Algo más?
- Dos cosas. No trabajo después de las diez. Y quiero un contrato de trabajo.
- ¡Un contrato! ¡Está loca!
- Soy Vanesa, te acuerdas, una mujer inteligente y preparada. Firma aquí, aquí y aquí.
- No me lo puedo creer, ahora he firmado. ¿Se acabó?
- Gracias escritora, estamos en paz.
- Pero no dirá nada al respecto, ¿verdad?
- No, no te preocupes, pero tengo que confesarte algo.
- ¿Qué?

– Me acosté con tu editor y voy a escribir mis memorias.



Editorial Convocatoria

“Poesía Hoy”



En la primera etapa de Revista Caminante (números 1 a 10), tuvimos tres especiales de “Poesía HOY” (Abril 20, Junio 20 y Julio 20: Alejandro Myjazz, Escandar Algeet y Ana Sánchez Huéscar, respectivamente): Dichos especiales empezaban con una entrevista algo larga, seguía con reseña de libros publicados, una antología del poeta y una crítica a su poesía. Gocé mucho haciendo esos especiales y por tal razón, Revista Caminante convoca, para su temporada 2023/2024, concurso de poetas que quieran ser protagonistas de unos de estos especiales. Dicha convocatoria se regirá por las siguientes bases:

- 1º Podrán participar en la convocatoria “Poesía Hoy” los poetas y las poetisas, mayores de edad y no mayores de 46 años, con obra publicada o acabada para la edición, que lo deseen, con independencia de la nacionalidad o lugar de residencia.
- 2º Para participar deberán enviar los poemarios en formato digital a la dirección de la revista espejocaminante@gmail.com, adjuntando una breve nota biobibliográfica. Los poetas con obra publicada podrán enviar una selección de 12 a 15 poemas. Poemarios o selección deberán estar en formato pdf, única y exclusivamente.
- 3º El plazo para participar se abrirá el 1 de Junio de 2023 y se cerrará el 31 de julio de 2023 a las 23.59 horas, no admitiéndose más candidaturas que las habidas hasta ese momento.
- 4º Cerrado el plazo se procederá a la selección de un máximo de 5 candidatos, más dos suplentes, con los que contactará el editor para la concertación telefónica de la entrevista y el envío de 6 fotografías del autor/a y de las portadas y contraportadas de los libros que tuviere publicados.
- 5º La lista de los siete candidatos seleccionados se publicará en la misma revista, número de octubre, debiendo realizarse la primera entrevista a lo largo de ese mes, para proceder a la publicación del especial “Poesía Hoy 4” en el número de noviembre.
- 6ª Para orientarse sobre nuestros especiales los interesados en participar podrán solicitar de la revista el envío de los tres especiales “Poesía HOY, que hay hasta la fecha, amodo de muestra.
- 7º No se valorará otra cosa que la calidad e interés literarios de los poemarios presentados, siendo indiferente el curriculum previo de los participantes. El criterio de selección será exclusivamente del editor, que no mostrará la obra a terceros ni la difundirá sin consentimiento (Ni con él), antes de la selección
- 8ª Revista Caminante valorará el conjunto de las obras aportadas y si viera un nivel estimable que supera el número de candidatos establecido en la convocatoria, se dirigirá a los candidatos (aún no seleccionados) para verificar una posible edición conjunta de un libro de poesía, que se editaría en Amazon, gratis para los autores (excepto gastos de envío).
- 9ª La participación en la convocatoria supone la aceptación de estas bases, y en lo no dispuesto valdrá el criterio del editor, respetando los derechos de los participantes y la discreción sobre las obras recibidas. Cualquier duda se podrá consultar en el mismo mail de participación.



DANIEL COLLADO AZORÍN

Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº15 JUNIO 2023

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378
Caminante (Madrid) Edición mensual

en papel de 20 ejemplares de 44 páginas
a todo color. Precio: 8 euros

Distribución gratuita via email a los 5 continentes,
previa solicitud. 450 lectores directos,
3108 seguidores en facebook

La Revista Caminante

no se hace responsable de las opiniones y redacciones de los autores que la componen. La participación es libre y no remunerada. Los textos e imágenes enviados están sujetos al criterio del editor. El autor conserva los derechos sobre su obra.

Cartas al editor

Muchas gracias por mandarme el ejemplar de Febrero de la revista Caminante. Aún no la he leído del todo pero por ahora estoy entusiasmada por tanto buen material. Me alegra muchísimo que hayas recibido tantos textos y más aún que hayas decidido hacer la revista mensual en lugar de trimestral. Es una prueba clara de la buena acogida que tienen los proyectos literarios como el tuyo. Agradecerte una vez más tu tiempo y esfuerzo por sacarnos a todos a la luz.

Cristina Falcón

He comenzado a leer la revista de este mes, primero por la poesía, que es lo que más me atrae. Ciertamente, estoy hallando un lindo nivel en las obras presentadas. Si necesita Vd. más poemas, no dude en solicitarlos. Estaré encantado de poder aparecer en su revista. Cordialmente suyo.

José Luis España Sánchez

Os mando una pequeña foto que me gusta, por si es válida para poner con el relato. Mucho ánimo con la revista, cada número es más interesante. Un saludo.

Guillermo

Muchas gracias, Daniel, por poner mi poema a la madre en el día de las madres.

Pilar Pérez Viñuales



Sur de Francia,

SOLEDAD

MIRANDA

Los atardeceres

François Villanueva Paravicino

- «—Tú, sí; yo no.
- —Oye, Ana: ¿no comprendes que no podemos continuar así?
- —Tú, sí; yo, no —repetió ella».
- TOLSTOI

La pálida mujer, acostada y cubierta con cubrecamas, miraba con ojos tristes el atardecer sanguinolento entre edificios, árboles y las construcciones de la planta baja del hospital Edgardo Rebagliati Martins. Parecía pensativa, pero no preocupada, como si su mente buscara respuestas en la silueta deformada y agresiva del horizonte urbano. Fruncía el ceño de su rostro alabastrado, sin embargo, con resignación, como si ya nada le alegrase.

Desde la tarde de ayer, cuando le dieron el diagnóstico de la segunda prueba médica (en total eran tres), sufría un terrible pesar y un cruel sinsabor que lo expresaba con llantos a escondidas de sus familiares. En general, solo la visitaban su hermana mayor, una madre soltera desde los veintidós años, junto con su sobrino, un adolescente de dieciocho años, y su madre, una ancianita de setenta años.

El único hijo de ella, que estudiaba en la escuela y vivía con una sirvienta junto con su abuelita, y su esposo, un ingeniero que llegaría de urgencia desde Arequipa, todavía no la habían podido acompañar durante aquellas casi dos desesperantes semanas. Lo curioso fue que ella cayó enferma justo cuando su marido culminaba su asueto mensual de una semana. Él la llevó al hospital, la acompañó el primer día de hospitalización, y ella la obligó a cumplir sus deberes. Solo la noche anterior le contó la verdad sobre los diagnósticos y él aquella tarde le confirmó que llegaría al amanecer del día siguiente. Su madre venía a partir del mediodía, casi a la hora exacta, y se quedaba hasta la hora final de visita. Su hermana mayor y su sobrino llegaban a eso de las tres o tres y media de la tarde, cuando podían, y regresaban, a veces, en promedio de las seis o seis y media, o tal vez junto con la abuelita, la «tierna mamita».

Aquella tarde la habían pasado juntos los cuatro. Al atardecer, la abuelita tuvo apetito, le pidió a su nieto que la acompañara a la panadería para comprar panecillos y de paso traerle algún pastelillo a la «engreída», como llamaban a Viera con cariño. La hermana entonces recibió la llamada telefónica de su jefa. Tuvo que salir del cuarto. Al volver, observó la humedad vidriosa de su mirada y el tono azulino de sus escleróticas clavadas en el ventanal.

—Deberías mantener la calma, Viera. Me preocupa que estés así. Falta el último análisis y todavía nada está dicho. Se había colocado a su lado.

Viera volvió su mirada hacia ella, la bajó y dudó en responder. No dijo nada.

—Debes luchar hasta el final por tu pequeño y tu esposo. No puedes rendirte así nomás. Tú eres fuerte. Sé que saldrás de esta.

Viera, al recordarlo, lanzó un suspiro y dijo, al fin:

—Sí, lo sé, Fanny. Pero tengo un mal presentimiento... A veces la fiebre y el dolor del pecho no me dejan dormir.

Fanny la abrazó buscando consolarla. Le acarició la espalda con suavidad. Se apartó y se sentó en la base rectangular de concreto del ventanal, que también servía de asiento. Al dejar de lado su celular, vio que la oscuridad acaparaba el ambiente. Encendió las luces del cuarto y la de la cabecera de la camilla de Viera.

—No deberías preocuparte tanto, Viera. Deberías mantener la fe, todo saldrá bien. Sin ella nadie haría lo que hace a diario —dijo Fanny acercándosele. Le acarició las manos, sobándoselas con ternura.

—Tú sabes que exagero. No te pongas así, Fanny.

—Ya ves, Viera, qué mala eres. No deberías preocuparnos mucho. No entiendo por qué lloras. Lo peor es que estás así desde antes de que te internen. Mamá dijo que desde hace un mes, pero ella y tú no mencionaron ningún síntoma. Tú empezaste a quejarte de los dolores recién la mañana del día que te internaron.

La hermana menor se quedó callada, melancólica, y decidió acostarse en la camilla. Se cubrió con la colcha y la sábana. Ahí, reclinada, vestía la indumentaria distintiva de las enfermas.

—Hoy en especial te mostraste muy triste, y eso me lastima —dijo Fanny.

—Tal vez me haya chocado que la profesora del costado se haya ido —respondió Viera. A su costado izquierdo, dividida por una cortina blanca corrediza, una camilla vacía aguardaba la llegada pronta de otro paciente.

—Sí, eso debe ser. ¡Pobrecita! —dijo Fanny—. Yo también me pondría triste. Pero no seas tonta, debes ser más positiva. Viera sonrió con debilidad, con aquellos labios finos esbozando una belleza sufriente, y fijó la mirada en el vacío del ingreso, pues parecía llegar su sobrino y su madre. Vieron a un joven junto a ellos. Vestía una camisa blanca, con saco negro, un pantalón grisáceo y unos zapatos charolados. Tenía el rostro delgado, de piel clara, y un mentón perfecto. Tendría unos veintisiete años y, al cruzar la mirada con Viera, sus ojos brillaron aturdidos y revelaron un extraño ardor.

—Tía, vino tu compañero de trabajo —dijo Ricardo con una amplia sonrisa.

Viera, con los ojos sorprendidos, alertados, sonrosada y confundida, junto con Fanny, muy amable, le vieron como era: bien parecido. La «tierna mamita», por su parte, se apreció contenta.

—Hola, Viera, amiga —saludó a la enferma—. ¿Cómo está, señora? —se dirigió a Fanny, quien le devolvió el saludo—. Oh, por fin, pude darme un salto del trabajo para visitarte.

—Lieb, por Dios...

—Espero sea una grata sorpresa, amiga.

—Oh, ¿cómo te enteraste? ¿Quién te lo contó?

—La verdad, me lo dijo el jefe. Él no quería decir nada, pero insistimos mucho Aldjia, Guido y yo. Al final, tuvo que ceder —dijo Lieb y, tras arrojar un suspiro, se contuvo unos segundos—. Mañana vendrán Guido y Aldjia. Yo les dije que no podría venir con ellos, porque tengo que atender a Marianita. Tiene una cita con su pediatra particular. Es solo unos chequeos de rutina, pero no se pueden postergar.

—Oh, ¿Marianita?

—Mi pequeña...

—Ah... —dijo Viera con debilidad.

—¿Ustedes laboran juntos? —preguntó Fanny.

—Sí, somos de la misma área —respondió Lieb.

—Lieb, no te hubieses molestado —dijo Viera, aturdida.

—Cómo crees, amiga —dijo Lieb con cierta consternación—. Te traje unos pastelillos. Acá están. Pueden disfrutarlos ahora si quieren.

Lieb alcanzó una bolsa de papel a Fanny, quien la recibió con una sonrisa amable. Por su parte, Ricardo se acercó a su madre y le pidió unos cuantos. La «tierna mamita» se sentó en la base de concreto, soltando un hálito de cansancio. Casi al instante, su nieto le entregó un par de pastelitos.

—Muchas gracias, joven —dijo la «tierna mamita», casi repitiendo la frase de su hija mayor.

—Sí, Lieb —dijo Viera, con cierta consternación, como si no quisiera ser muy evidente en sus expresiones.

Por unos minutos, la hermana, su hijo y la abuela disfrutaron de los bocaditos. Viera y Lieb se lanzaban a ratos vistazos, urticantes como unas ortigas, hasta que él preguntó con cautela:

—Ahora sí, Viera, cuéntame qué pasó. ¿No es nada grave, cierto? —dijo con una expresión de inquietud—. Todos estamos preocupados por ti en el trabajo. Hasta el jefe quiere saber cómo vas.

Fanny miró confundida a Viera, quien hizo mohines de incomodidad y, antes de responder, pareció dudar.

—Tu celular también suena apagado y ya no contestas los mensajes —continuó Lieb.

—Unos virus están atacando mis pulmones, pero los diagnósticos exactos saldrán con la tercera prueba —dijo Viera. Lieb bajó la mirada.

—Pero a ciencia cierta no sabemos qué enfermedad la tiene postrada así —dijo su hermana.

—¡Qué extraño! Ya son casi dos semanas que está acá.

—Eso es lo terrible, amigo. Los dos primeros análisis que le practicaron no son determinantes, pero dijeron que sus pulmones sufren un extraño virus. Creen que podría ser algo grave. Pero de ahí nada más —dijo Fanny.

El joven, que podría tener unos veintisiete o a lo mucho veintiocho años, sintió que se le nublaban los ojos. Agachó la cabeza y se apoyó en la baranda de la pateadera de la camilla con debilidad.

—Pero mi hermana exagera con sus síntomas, joven, no debe creer en su expresión. Recién mañana le harán la última prueba, que es la definitiva. Supongo que para pasado mañana, como nos dijeron, saldrán los resultados.

Lieb, con la mirada sombría, la observó. Parecía, de pronto, preocupado.

—Yo sé que no habrá problemas, Viera, y saldrás de este hospital tan servicial y alegre como siempre fuiste —dijo.

—También le digo lo mismo —dijo Fanny.

—Yo lo creo así, sinceramente —dijo Lieb.

—Sí, eso espero —dijo Viera.

Todos se quedaron callados. Se escuchó, a lo lejos, una sirena de una ambulancia trasladarse por las calles aledañas. La ciudad relumbraba y el cielo se diluía como si pareciese que llovería pronto. Ricardito —como hasta entonces lo llamaba Fanny— se paró con brusquedad, pues se había sentado al lado de la «tierna mamita», y dijo que iba al baño.

—Usted, joven, tiene su hijita, veo —dijo Fanny.

—Sí, apenas tiene cinco años.

—Oh, qué linda —dijo dichosa Fanny. Le gustaban los niños—. Ahora yo estoy cuidando de Hall, el pequeño de Viera, y me conmueve cómo extraña a su madre. Lamentablemente, aquí no pueden ingresar los menores de edad, y el pobrecito sufre mucho cuando no mira a su madre. Solo ayer lo encontré llorando. Fue la primera vez que lo hizo, al parecer.

—Claro. Viera me dijo que tenía unos siete años, ¿cierto?

Viera tiene la mirada y el rostro agachado.

—Cumple ocho el próximo mes, y desde que ella se internó aquí, él me cuenta cuando lo despierto, pues ahora me mudé a la casa de mi hermana, que siempre reza por su mamita —dijo Fanny enternecida.

Al terminar de escucharla, Viera agachó la cabeza y, de forma inevitable, derramó una lágrima. Sufrió como si una llaga mortal dañara su lóbulo pulmonar superior. Lieb, al ver a Viera, se estremeció. Sintió un ardor incómodo en la garganta.

Fanny, al percatarse del dolor fraterno, la consoló estrechándola y diciendo:

—Oh, Vierita, Hall sabe muy bien que regresarás pronto... No quise preocuparte.

—No, no te preocupes, Fanny. Estoy muy sensible ahora. Eso es todo —dijo Viera.

Se limpió el rastro húmedo de su mejilla y esbozó una sonrisa forzada. Los cinco se quedaron callados. Ricardo, luego de salir del servicio, había salido a darse un paseo. Lieb, por su parte, no supo de qué hablar; y el tiempo se tensó como un arco hasta romperse.

—¿Y Marlon? —susurró con voz arenosa—. ¿Cuándo llegará tu esposo, amiga? —inquirió el joven.

Viera, como si de pronto una fiebre le quisiese reventar la cabeza, dijo con dureza:

—Llegará mañana temprano.

Fanny la acarició los cabellos. Y tras la ruptura del arco, el silencio fue orquestado por las voces de los pasillos y la ciudad brillando vida nocturna. Nadie parecía querer decir algo. Se lanzaron vistazos perdidos, como los ojillos juguetones de un roedor doméstico. Como una necesidad lacerante, Lieb dijo:

—Debes regresar pronto al trabajo, Viera, nos haces mucha falta...

Viera, con las mejillas sonrosadas y ardientes, bajó la mirada desanimada. Creció otro silencio.

—Joven, debería sentarse. Siéntese, por favor —dijo Fanny cuando ella descansó las posaderas.

—No, no se preocupe. En la oficina todo el bendito día estoy sentado. Es mejor estar de pie.

—Debe ser. Los trabajos son muy pesados aquí en la capital.

Lieb asintió con un movimiento de cabeza. Clavó la mirada en el rostro de Viera, mientras ella no le enseñaba el rostro, como si cavilara una duda. Fanny, al ver que la pareja de amigos se quedaba callada, contó sobre su oficio de maestra en una escuela estatal. Aunque era un trabajo agobiante, dijo, ella lo amaba. Habló por un promedio de quince minutos. Al ver que ellos la escuchaban atentos y le seguían la conversación con gestos de interés, empezó a contar sobre cómo conoció al novio que la abandonó cuando ella se embarazó. Tuvieron un romance por un año efímero y, justo cuando ella descubrió su tercera semana de gestación, el progenitor tuvo que romper la relación, se alejó de ella y nunca se responsabilizó del fruto amoroso. Le picaron los ojos a punto de derramar unas lágrimas, pero llegó Ricardito viendo su celular abstraído. Su madre se controló y calló. El muchacho los miró con flaqueza y, por fin, se sentó sin dejar de mirar su celular. Al instante, lanzó una risita individual, y los cuatro, atentos, lo miraron con intriga. Como cerciorándose de la situación, Ricardito afirmó:

—Ya van a ser las ocho.

Fanny miró la hora en su celular, y a Lieb le bastó con observar el reloj de muñeca. La «tierna mamita» se puso de pie y dijo con ansiedad:

—Será mejor salir ya, pues tardaremos más en llegar.

—El tráfico ahora debe estar terrible —asintió Fanny.

Los cuatro visitantes se alistaron para marcharse. Cuando Lieb sujetó la mano de Viera al despedirse, le vio los ojos vacíos; brillosos, pero vacíos; hermosos, pero perdidos.

Al quedarse sola y dejar de escucharlos marcharse, Viera sufría una incertidumbre asfixiante, como si la enfermedad se ensañara con ella. Cogió el vaso con agua de la mesilla del costado, y la bebió con delicadeza y sufrimiento. Vio las paredes, la ventana, la noche, la terrible oscuridad, el golpe de la soledad, y se sintió enclaustrada, presa de una angustia tormentosa, que le hervía la sangre. Su porvenir era un único sendero cuyo final era un abismo, un salto al vacío. Al fondo, crecía como una lava un odio tormentoso, una pasión violenta. «¿Colegas? ¿Marianita? ¿Aldjia? ¿Guido? ¡Quiénes diablos eran! ¡Por Dios, qué cínico! ¡Cruel e inhumano! ¡Qué astuto había sido! ¡Qué miserable!», lloró con desconsuelo.

Derramó unas lágrimas amargas, calientes, tal vez de odio, tal vez de amor, recordando cuando él, luego de abofetearla, trató de calmarla en aquella habitación ignominiosa. Es que él parecía tan perfecto, tan bello, que no dudó de entregarse a ese amor libertario, cuya llave parecía la felicidad, prohibida pero necesaria, execrable pero sublime. Pero él no la perdonó que llorase y se descontrolase tanto cuando descubrió el mensaje de amor de otra chica, mucho más joven que ella. Juró olvidarlo, y desde entonces no se volvieron a ver. Y tan terrible, tormentoso y deprimente fue todo después, que su cuerpo no pudo defenderse de aquella enfermedad que aquella noche la postraba.

Lo increíble, sin embargo, fue como ella pudo guardar la compostura y cierta indiferencia al verlo aparecerse. Hasta podría decirse que una lucidez defensiva y desconfiada, pero estragadora y doliente, la inspiró a soportar tremenda insolencia. Lo peor es que había elegido, con antipatía, la amabilidad y el silencio, cuando, en un pensamiento oscuro y palpitante, al escucharle preguntar por Marlon, se imaginó clavándole un cuchillo con todo el dolor de su corazón.

Lo increíble, sin embargo, fue como ella pudo guardar la compostura

¿Qué hemos hecho mal?

Jesús Miguel Martínez

“Treinta años y aún vives en casa de tus padres” suena como la acusación de un crimen contra los intereses de la sociedad, una derrota frente al reto de la madurez, un pecado vergonzoso que ocultar. Llegué a los treinta años viviendo con mi madre. No me gustaba; sin embargo, no llegaba a disgustarme. La verdad es que la mayoría del tiempo no pensaba mucho en ello. Era cómodo y necesario, según me

Los errores que alejan a la felicidad de la vida de las mujeres, todo era tonto en ese libro desde el título hasta el diseño de la portada.

aseguraba a mí mismo con indulgencia cuando el pensamiento me inquietaba más de lo tolerable. Mi padre murió, mi madre no lo soportó y acabó alcoholizándose, o quizás ya era algo alcohólica antes y solo siguió el camino natural y terminó lo que había comenzado años atrás. La verdad es que me necesitaba, no podía dejarla sola. Por otra parte, no había conseguido ningún empleo desde mi salida de la universidad. Pensaba que la forma en que ocurría todo era la manera que tenía Dios o el Universo de decirme que mi lugar era al lado de ella. Debía encargarme de que no despilfarrase los ahorros que le dejó mi padre y que ella, sin justificación alguna, guardaba celosamente de mí. Es cierto que no aportaba mucho a la economía familiar, pero tampoco gastaba más de la cuenta. Siempre fui de poco comer, jamás salía con nadie y los juegos de video, que son mi única y gran afición, los descargaba de sitios web ilegales o los compraba pirateados en algunos lugares especiales en los que ya soy ampliamente conocido, y además me hacen descuentos. En fin, nuestra vida transcurría tranquila y sin sobresaltos, yo siempre en casa, en mi habitación frente a la computadora o la pantalla del televisor al que

tenía conectada mi consola de juegos, un extraordinario PlayStation 4, y ella con su vaso de güisquí con hielo viendo sus series de homicidios por televisión. Una paz pura, perfecta y absoluta, o al menos era así hasta que, tras ver un programa de opinión en el que entrevistaron a uno de los múltiples parásitos sociales que escriben libros de autoayuda, mi madre comenzó a cambiar.

Dos días más tarde regresó a casa con la compra semanal de víveres y alcohol y con el libro en una bolsita de colores. Los errores que alejan a la felicidad de la vida de las mujeres, todo era tonto en ese libro desde el título hasta el diseño de la portada. Y sin embargo se engancho tanto con la lectura que hasta abandonó el cuidadoso seguimiento que hacía de sus series de homicidios. Fue entonces cuando empezó a mirarme de esa forma tan extraña y tan difícil de describir. Levantaba la vista del libro y me miraba de reojo cada vez que pasaba de mi cuarto a la cocina en busca de chucherías para acompañar mis largas jornadas de juego enajenado, pues no vayan a creerse que soy uno de esos jugadores histéricos que le grita groserías a los pixeles de la pantalla. Soy un jugador concentrado, abstraído, que evalúa la calidad tecnológica, la coherencia de los personajes y la resolución visual tanto como la lógica argumental e histórica de los juegos. La creatividad me hace disfrutar y en los juegos esta se expresa hasta en los detalles más pequeños de la ambientación, el discurso y el uso de los colores y las sombras.

Quizás se pregunte usted cómo es que un sujeto como yo llegó a abrir la ventana de un procesador de textos en la pantalla de su ordenador para escribir estas páginas. Sería una pregunta razonable puesto que no disfruto leer, y escribir me parece el ejercicio más inútil que ser humano alguno pueda llegar a hacer. No obstante, me pareció que registrar lo acontecido me serviría para llegar a entenderlo, para ordenarlo en el tiempo y poder encontrarle algún sentido a todo... no lo sé, si la lectura inició el problema a lo mejor la escritura me ayudaba a dar con la solución... suena tonto mas no tengo otra explicación.

Pero volviendo al punto, mi madre me miraba al pasar, y en silencio dejaba que su mirada soslayada me acompañase hasta que me perdía tras la puerta de la cocina, y luego me seguía de vuelta hasta la habitación. No es que nos hubiésemos mirado mucho a los ojos, pero los suyos no me resultaban desconocidos, eran solo el par de ojos que acostumbraban a estar en la cara de mi madre, sin embargo, ahora esos ojos conocidos albergaban una manera de mirar que no se parecía a nada que hubiese visto antes en este mundo. Se me ocurrió pensar que la lectura del libro la había cambiado. Juraría que una noche hasta la escuché llorar encerrada en su cuarto. La luz de la lámpara de noche se colaba por la rendija bajo la puerta.

A la semana siguiente la vi llegar a la casa con otra bolsa de colores. Más tarde pude constatar que sobre su mesa de noche había dos libros más del mismo autor ¿No encuentras la respuesta? Búscala en tu alma y Como criar hijos independientes y felices. Recuerdo haber meneado la cabeza mientras daba la vuelta, pensando fugazmente que la vieja había encontrado una adicción nueva. Total, qué más daba, ya era adicta al alcohol, al cigarrillo, a las series de homicidios, a comprar zapatos y al maní japonés.

¡Se zampó ese par de libros en tan solo cinco días! Cinco días en que no encendió la televisión, prácticamente no cocinó y apenas se levantaba de la cama para servirse su trago de güisqui y de vuelta a la lectura. Hasta me pareció que la botella le duraba más. Al final de esos cinco días su extraña mirada se volvió aprensiva y nerviosa. Seguía siendo rara, pero además ahora era vidriosa, como si estuviese a punto de echarse a llorar cada vez que me veía. En ocasiones se asomaba a la puerta de mi cuarto, me miraba con todo el cuerpo en tensión y luego de un rato se marchaba, daba la impresión de que tuviese intenciones de decirme algo y no encontrase las palabras. Un día durante el desayuno las consiguió.

-Hemos hecho muchas cosas mal contigo –soltó como un epitafio.

-¿Qué? -Le pregunté entre extrañado y sobresaltado. Probablemente más sobresaltado que extrañado ya que hablábamos muy poco y los temas no salían del ámbito de lo doméstico: el precio exorbitante de las cosas, los cuentos sobre los vecinos abusivos y los relatos fastidiosos de sus homicidios de la vida real dramatizados en las series de TV. De modo que cuando me soltó esa frase por poco se me cae la cuchara dentro del tazón del cereal con leche.

-Tu padre y yo cometimos muchos errores durante tu crianza. Lo hicimos mal –me explicó-. Por eso eres tan retraído. Debimos habernos dado cuenta y pedir ayuda. Quizás ahora tendrías novia y trabajo y estarías pensando en independizarte, como tu primo, en vez de estar encerrado todo el día jugando con tu computadora.

-¿De qué hablas? –volví a preguntar tratando de reorganizar mi pensamiento. Mis alarmas estaban encendidas y sonando todas a la vez. Todo era tan inusual que presagiaba una catástrofe. No he olvidado una palabra de aquellas conversaciones puesto que la pesadilla había comenzado a desplazar mi vida normal.

Debimos habernos dado cuenta y pedir ayuda. Quizás ahora tendrías novia y trabajo y estarías pensando en independizarte,

-Lo dice Gabriel Caramel en uno... no, en dos de sus libros –me dijo con voz de maestra avergonzada-. No lo sabíamos, pero estábamos inhibiendo el sano desarrollo de tu personalidad. Nunca te hablamos de nuestras emociones ni te dejamos expresar las tuyas... por ejemplo jamás nos decíamos cómo nos sentíamos. Quiero enmendar todo eso hijo mío, en mi nombre y en el de tu difunto padre. ¿Cómo te sientes hoy? –terminó preguntando con una honestidad idiota, sin darse cuenta de cuan loco sonaba todo.

-Me siento perturbado por tu conversación –le confesé con los ojos muy abiertos. Y, ahora que lo recuerdo, con el cuerpo inmóvil como si me hubiesen congelado a mitad del trayecto de una cucharada que se dirigía a mi boca.

-¡No! ¡No hijo! –exclamó-. Perturbado no es una emoción. Tienes que decirme la emoción que sientes ahora.

-¿Miedo? –pregunté mirándola sobre el marco de mis anteojos.

-¿Lo ves? ¡Me tienes miedo! ¡A mí... a tu propia madre! –gimió como si algo trascendental acabase de revelársele-. No amor. No cariño. Sino miedo. Lo que hicimos contigo fue monstruoso... continúa hijo –me alentó con una sonrisa beatífica que parecía una mueca. Ahora era también su boca la que hacía cosas inexplicables-. Háblame de tus sueños para el futuro, de tus fantasías... no de las sexuales, esas no, esas son para otra persona, pero de tus otras fantasías, lo que anhelas ser en la vida.

-¡Oh! ¡Por Dios mamá! Para ya eso ahí –le pedí casi en una súplica. El apetito se me había desintegrado-. Game over –sentencié poniéndome de pie y largándome para mi cuarto, preocupado como jamás había estado.

-Es demasiado para un solo día –la escuché susurrar a mis espaldas-. Esto es algo que hay que hacer despacio. Más despacio.

A partir de ese momento nuestras comidas, lo único que hacíamos juntos, se volvieron una verdadera catástrofe. Permanentemente me hablaba de cómo se sentía con cada cosa. Podía decir “no encontré el yogurt que me gusta en el supermercado y eso me hizo sentir muy frustrada, que es como una mezcla de enojada y triste” o “me enoja que el señor Carvajal... el del noveno B, sigue sacudiendo el mantel por la ventana de la cocina y me llena de migas la ropa que tengo en el tendedero. Eso es molestia que es una forma leve de rabia”. Yo dejé de hablar para evitar la fatídica pregunta con que ella coronaba cualquiera de mis comentarios: ¿Y cómo te sientes con eso hijo querido?, pero no sirvió de nada. Ante mi mutismo ella optó por indagar y las preguntas sobre mis sentimientos y mis proyectos en la vida solían liquidarme de un tajo la paz de las comidas y hasta el apetito por el postre.

Un día logró sacarme de mis casillas de tal manera que tiré el plato medio lleno de comida contra el suelo y me paré de la mesa gritándole:

-¡Loca, loca! ¡Esos libros te están volviendo loca!

-Eso es hijo desahógate –me instó poniéndose de pie ella también-. Debajo de toda esa ira debe haber una gran tristeza. Ya estás en la etapa de la expresión –dictaminó sonriendo satisfecha.

Repentinamente se abalanzó sobre mí y me abrazó con su cuerpo pequeño y rechoncho que olía a guisqui y cebolla.

-Llora –me pidió-. Llora todo ese dolor mi pequeño.

Salí corriendo y me encerré en el baño hasta que, tres horas más tarde, la sentí salir de la casa. No sabía qué hacer. Mi mundo estaba cambiando dramáticamente y no encontraba la manera de hacer que

A partir de ese momento nuestras comidas, lo único que hacíamos juntos, se volvieron una verdadera catástrofe. Permanentemente me hablaba de cómo se sentía con cada cosa.

todo volviese a la normalidad. Me pasó por la cabeza la idea de echar a la basura los libros de Gabriel Caramel, pero me contuve, sabía que el remedio podía ser peor que la enfermedad. Volvería a comprarlos pensando que mi acto demostraba la efectividad de sus métodos. Quién sabe a qué fase de mi evolución correspondería el hecho de destruir sus libros.

Poco después comenzó a asistir semanalmente a la consulta de un psicólogo de apellido Melón o algo por el estilo. Los libros de autoayuda comenzaron a amontonarse sobre el suelo de su habitación. Libros de autores nacionales e importados, de títulos edulcorados y portadas de color golosina en manoseadas torres inestables que crecían indeteniblemente como las estalagmitas de la caverna de Gollum. La mayoría de ellos sobre cómo criar bien a los hijos. "Si tan solo hubiese sabido esto primero" me dijo una vez, con uno de sus librecitos en las manos y la voz quebrada por la tristeza, cuando entré en su cuarto a decirle que la conserje había llamado para decir que estaban por cortar el agua corriente porque iban a limpiar el tanque de agua del edificio.

-Nunca te abrazamos desde que cumpliste los cinco años. Pensé que aún podía revertir esa carencia afectiva –me dijo justificándose

Empezó a salir de casa con más frecuencia y en algún momento hasta me cruzó fugazmente por la cabeza que estuviese saliendo con alguien, pero deseché la idea por absurda. ¿Quién iba a querer vincularse con una vieja alcohólica que vivía con su hijo de treinta años? Pese a todo, las manías se multiplicaban exponencialmente como los Combine de Half Life 3, cada cual más desagradable e inesperada. Pensé que lo peor había llegado el día que se acercó a mí mientras jugaba en mi consola, estaba estrenando mi última y ansiada novedad: Metal: Hellsinger, y sin decir nada me abrazó fuertemente y me dio un sonoro beso en la mejilla. No la sentí llegar pues tenía puestos los auriculares, además cuando juego me abstraigo tanto que nada existe para mí en el mundo exterior, todo lo real acontece en esa comunión perfecta entre mi cerebro y la pantalla del televisor. De manera que su acto abominable súbitamente me tele-transportó de vuelta

a este mundo que los videojuegos me ayudan a abandonar. Creí que me iba a desmayar. Me la sacudí, me puse de pie y de un salto alcancé la puerta del cuarto dispuesto a huir de casa a toda carrera.

-Nunca te abrazamos desde que cumpliste los cinco años. Pensé que aún podía revertir esa carencia afectiva –me dijo justificándose mientras yo me secaba su saliva del cachete con el borde de la camiseta. Eso hace a los chicos dependientes. Parece que se quedan en casa esperando que sus padres les den el afecto que les negaron en la infancia.

-¿Eso te lo dijo tu psicólogo, lo sacaste de los libros del Doctor Caramelo o lo inventaste tú misma? -le pregunté disimulando el asco.

-Hijo es que estás tan aislado, tan solo. Mírate nada más lo pálido que te encuentras. Debe ser la radiación de la luz ultravioleta de la pantalla.

-Las pantallas no emanan luz ultravioleta... ¡Ah por favor! Vete y déjame en paz.

-Si no es ultravioleta será entonces el plasma que despiden... o qué se yo –cortó con aire docto abandonando la habitación.

Desde entonces comencé a cerrar la puerta del cuarto cuando jugaba. Afortunadamente, para esa época, su psicólogo la había convencido de participar en una serie de charlas sobre renacimiento o algo parecido. La verdad es que no le presté mucha atención cuando lo mencionó, aunque casi me tiro por una ventana ante su ocurrencia de que la acompañase a la "experiencia". El hecho es que pasaba menos tiempo en casa y me dejaba una libertad deliciosa para jugar a mis anchas sin tener que estar alerta preocupado por alguna de sus incursiones de terrorismo afectivo.

Mirando las cosas en retrospectiva pienso que debí haberme encerrado todo el tiempo en mi habitación. Una fatídica madrugada, a eso de las ocho de la mañana, luego de una noche intensa disfrutando de los gráficos y la acción vertiginosa de Dying Light 2, me desperté con un intenso cosquilleo en los labios. Creí que era un sueño y por un buen rato me resistí a abandonar el sopor, pero la intensidad de la sensación y el extraño perfume me hicieron abrir los ojos. Y allí estaba el horror de los horrores, algo peor que ver como se funde tu consola mientras juegas Elden Ring. Ante mí estaba mi madre echada en mi cama y con su pecho desnudo metido en mi boca entreabierta. Di un salto tratando de huir y sentí mi cabeza estrellarse contra la pared a mis espaldas. Medio desfallecido la escuché decirme con voz afligida:

-No te amamanté cuando eras chico. Esa quizás es la causa de todo. Lo dice claramente el doctor Ramírez en su libro sobre la importancia de la lactancia materna.

Lo que siguió supera cualquier pesadilla. Peor que jugar Silent Hill en un cementerio abandonado. Ella me perseguía por toda la casa con la teta colgando fuera de la bata y los brazos extendidos como un zombi hambriento buscando un abrazo antinatural.

-Debí haberte dado de mamar –susurraba como enajenada-. Eso crea un contacto que refuerza la relación de la madre con su hijo y es en ese momento donde comienza a formarse en los niños la autoestima.

No fui capaz de replicar nada, a toda carrera tomé mi Play Station 4 y la caja con los juegos que aún no había terminado diciéndome: “We all Make Choices, but in the end, our choices make us”. Abandoné el hogar materno. Pasé una temporada terrible en casa del gordo Pernía, un amigo con el que jugaba en línea. Su casa estaba desastrosamente sucia y lo único que había para comer eran palitos de maíz con queso. Casi nunca nos habíamos visto en persona, pero el sujeto es un camarada en toda la extensión de la palabra y me recibió sin preguntarme nada. Cuando me cansé de comer porquerías, de dormir en una colchoneta en el suelo entre un enjambre de cucarachas y de que el gordo me pasara los niveles de los juegos que dejaba en la consola sin mi permiso, me busqué un trabajo, uno cómodo que me deja tiempo para jugar. No pagan mucho, pero tengo para comprar comida decente y para pagar la renta de esta habitación en la que casi nadie me molesta. En ocasiones antes de dormir me pregunto qué estará haciendo mi madre. No ha tratado de ponerse en contacto conmigo y no nos vemos desde la última vez que estuve en la casa buscando mi ropa, mi ordenador y el resto de los videojuegos. ¿Se habrá quedado tan tranquila, pensado en la efectividad de los consejos del psicólogo o en el poder de los libros de autoayuda para enmendar los errores cometidos por los padres en la infancia de sus hijos? Pues finalmente me independicé ¿Habrá sido todo este drama una consecuencia de su torpeza mental para interpretar sus lecturas? o tal vez, solo tal vez, ese psicólogo tenía unos métodos... de verdad eficaces. Pero, en fin, tengo ante mis ojos los maravillosos gráficos de Stray y voy a jugar un par de horas antes de irme a dormir.

Abandoné el hogar materno. Pasé una temporada terrible en casa del gordo Pernía, un amigo con el que jugaba en línea. Su casa estaba desastrosamente sucia y lo único que había para comer eran palitos de maíz con queso.

Sueño

En el ojo del sueño todo es posible hasta la realidad. El pájaro canta por la nube que pasa, la nube se desliza por el cielo creado, llevando el ritmo ingenuo de aquel mismo pájaro. En el sueño, en el sueño, volaban y volaban, el pájaro y la nube, como piedras de aire con alas de agua, como rocas de fuego con viento de tierra. Mientras, en el suelo, en el suelo, se despertaba una bella y hermosa flor, contemplando adormilada, aquel instante del sueño. Donde el pájaro y la nube, volaban y volaban, cerca del suelo, cerca del cielo.

Jorge de Santaella

La mirada del otro

Te escucho, te observo, te miro
estoy aquí para ti,
sonrío, respiro, te comprendo.
Presente,
sin juzgar, sin criticar, sin etiquetar,
sin patrones ya adquiridos,
limpio, como la mirada del otro,
admiro tus cualidades,
y las realzo en mi interior.
Te admiro como un espejo para mí,
esto es para mí, lo quiero, es un regalo,
una perla, un tesoro, un soplo de luz.

Frey Yorke

enero - El presente ya es pasado, labra el futuro.

febrero - Fácilmente conseguimos objetivos superficiales.

marzo - Mientras avanzamos, descubrimos siluetas fantasmales.

abril - Admitir disculpas por interés, nos aleja de ser honestos.

mayo - Momentos mágicos, avivan sentimientos frustrados.

junio - Juegos alternativos, calman el ansia de poder.

julio - Jamás renuncies por complacer, genera arrepentimiento.

agosto - Acercarse como amigo, fortalece y engrandece.

septiembre - Si tu cara dibuja una sonrisa, siéntela.

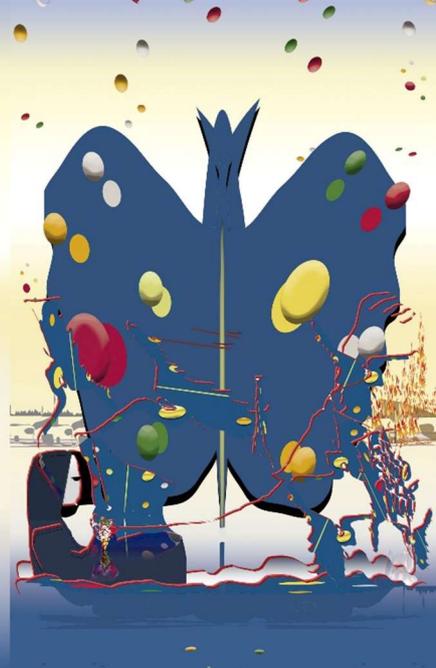
octubre - Otras sendas son posibles, descúbrelas.

noviembre - No manifiestes tu vulnerabilidad.

diciembre - Deléitate y disfruta, en breve comienza un nuevo ciclo.

M^a del Carmen Marruecos Alonso

TRAVESÍA



LA EXISTENCIA ES UNA TRAVESÍA CON PRINCIPIO Y FINAL REALES, EN UN PLANETA MARAVILLOSO.

DESCONOCEMOS EL TIEMPO Y DEBEMOS IR PASO A PASO SALVANDO OBSTÁCULOS.

LOS CUATRO ELEMENTOS CONDICIONAN EL MOVIMIENTO.

SON COMPÑEROS DE VIAJE CAMBIANTES Y NECESARIOS PARA LA VIDA.

EL AIRE MOLDEA LA TIERRA Y ESPARCE SEMILLAS, EL AGUA EROSIONA Y EXTINGUE EL FUEGO.

CUESTIONAMOS LA DISTANCIA, PERO NO NOS DETIENE ANTE ALGO REALMENTE IMPORTANTE.

M^a del Carmen Marruecos Alonso

Vida

A JOSÉ HIERRO

Daniel Collado Azorín

**Yo no sabía
Que había de quererte
Para no llevar la herida
Hasta la muerte**

**Yo no sabía
El precio de tenerte
Ni pagar todos los días
Para no perderte**



**Ahora sé y te tengo;
ahora sed y comprendo;
ahora sé y recuerdo;
ahora es y muero.**

**Vida.
Mía.
Vida.
Fue.**



Obra protegida por derechos de autor

Sexto poemario del autor. En él y con su acostumbrado tono coloquial realiza un viaje vital para descubrir y descubrirse. Las realidades duras de la vida se presentan aquí como parte de una lucha en la que el protagonista tiene algo que decir y algo que escuchar, resumiendo lo aprendido e invitando a seguirle. El poemario se conforma con una gran unidad discursiva, plena de recursos rítmicos y retóricos a la vez que en ocasiones nos presenta una poesía desnuda de artificio para dejar claro lo que está ocurriendo en la vida de todos, no solo del protagonista. El yo hablante se integra a través de una peripecia vital en la sociedad en que vive, buscando su oportunidad y mostrando sus luchas y desvaimientos.

El estilo de Daniel Collado es bastante directo, de tono coloquial y con amplitud de recursos retóricos y estilísticos, destacando más por el ritmo que por la metáfora, pues el ritmo es su principal virtud. Sus poemas, no exentos de complejidades llegan con gusto al lector, tanto al joven que empieza como al experto en lecturas de poesía.

Daniel Collado Azorín (Madrid, 1970). Activo participante de la vida cultural madrileña, en micros abiertos de poesía y en recitales propios, ha publicado otros cinco poemarios: *Ensueños de fría sombra* (2012) *Universo y corazón* (2016) *Cuaderno de León* (2017). *Antiguo*, los poemas del cajón (2018) y *El cigarro de la cigarra* (2018). También ha editado un libro de relatos (*Todos eran mis alumnos*, 2007, reeditado en 2020) y un trabajo de ensayo periodístico titulado *Lenguas de ocasión* (2021).



Flata Morgana

1

Cuando los representantes de la organización mundial que decía proteger los derechos humanos (OMDH) aterrizaron en la isla, ya era tarde y la masacre se había consumado. Mientras inspeccionaban el área abriéndose paso dentro de la calma vítrea que flotaba sobre la magnánima vegetación, la sensación de temor y ansiedad fue ganando espacio a sus esperanzas, y al tropezar con el primer cuerpo sin vida, el grupo de salvataje calculó con tristeza que habría sido ejecutado uno o dos días atrás. Pocos metros más adelante fueron descubriendo el resto de la población, diseminados fuera y dentro de sus casas.

Pero lo que los terminó de desconcertar al efectuar la tarea de reconocimiento fue descubrir que todos los cadáveres pertenecían a adultos. Por más que buscaron, no pudieron encontrar ningún niño, ni vivo ni muerto, en toda la isla.

2

Cuando cumplió tres años de edad le hicieron una fiesta. Fue la primera vez que el chico notó que algo diferente a lo de todos los días estaba pasando y que el centro de ese algo era él. La torta, en el centro de la mesa, estaba cubierta con una masa de color parecido al barro sobre el que saltaba con los demás niños, de modo que quiso hundir unos de sus dedos para ver si tenía la misma consistencia pero la fuerte mirada de la madre lo contuvo, había que guardar los buenos modos aunque estos sacrificasen la curiosidad infantil en aquella isla remota, un pequeño territorio apartado de las costumbres convencionales, que funcionaba con sus propias leyes diferentes del resto del planeta, y al que el resto del planeta ignoraba.

La isla formaba parte de unas pocas que, hacía varias décadas ya, habían decidido dejar de figurar en los mapas y no tener relación alguna con el mundo. Tres velas habían sido encendidas, mientras la madre le susurraba despacito en el oído lo que tenía que hacer. Pero él no sopló: miró a su madre, le mostró los dientes curvando la boca hacia arriba en una sonrisa que parecía salirse de la cara, se subió a la silla, dio media vuelta agachándose un poco de modo que el culito apuntara a las velas, y a la vista de todos los parientes y amigos de la familia expelió un pedo casi sin ruido ni olores, que no solo apagó las velas sino que también movió la torta, con plato incluido, hasta el borde opuesto de la mesa, y no se cayó porque uno de los invitados la frenó con las manos. Como si nada hubiera pasado, los miró a todos y de nuevo la curva en la boca hacia arriba le inundó la cara, el emblema que lo caracterizaría durante las décadas subsiguientes en aquella isla en la que se iría transformando en el personaje central de esta historia.

3

Esto no pasó desapercibido y al día siguiente toda la isla comentaba el extraño incidente. La curiosidad hizo que vecinos que nunca habían pasado de un "Buenos días", se acercaran a la casa con la expectativa de ver lo que hacía el niño, cargando regalos con la excusa de querer saludarlo por su cumpleaños. El padre, con tolerancia y amabilidad extrema, trataba de sacárselos de encima, pero los vecinos insistían -convengamos que no pasaban demasiadas cosas en la isla y una noticia así debía ser compartida-. La madre intentó explicarles que no era para tanto y que seguramente la torta se había deslizado porque la mesa no era estable. Y cuando ya casi se veían arrojados de la casa con regalos y todo, preguntando a los gritos por el incidente del "pedito y la torta", el chico apareció de repente. Los gritos cesaron. El nene agarró uno de los regalos y se lo llevó al centro del cuarto de estar, luego volvió y repitió la operación con otro de los regalos hasta formar una pila. A continuación, en una acción que desmintió del todo las palabras que la madre había pronunciado un par de minutos antes, giró, se agachó y apuntó el culito hacia la parva de regalos. Cerrando los ojos en una especie de concentración absoluta en donde sólo se escuchaban las respiraciones que los vecinos intentaban aguantar para no cortar ese precioso y hasta podríamos decir sagrado momento, se escuchó un pedo solemne que movió casi medio metro la parva de regalos.

Ante los atónitos “¡Ah!” “Milagro” “¿Vieron lo que yo vi?” el chico se llevó uno a uno los regalos a su habitación sin decir nada, dejando a los vecinos embelesados con el reciente espectáculo y a los padres sin palabra, porque a partir de ese momento supieron que sus vidas nunca más iban a gozar de la tranquilidad que hasta ese momento habían tenido.

4

El chico, vamos a llamarlo Adrián, nunca le había dado a sus padres ningún problema. Tenía buen humor, no se enfermaba, hablaba poco y casi no lloraba. Podría decirse que prácticamente su presencia no se notaba. Hasta aquel día en que empezó a mover cosas con la fuerza de sus pedos. Muy poco después de aquella escena tan singular, Adrián comenzó el jardín de infantes. Al llegar a la escuela todos los demás ya sabían quién era él, pero él, desde el corto tamaño que sus tres años le otorgaban, y como si nada le importara, les dejó bien en claro con su mutismo que “de pedos nada”.

Todos los días pasaba lo mismo: era llegar al colegio y ni bien sentarse, todas las caras -que parecían idénticas- apuntando hacia él. Todos querían ganarse su amistad, y estaban pendientes de cada uno de sus movimientos, esperando que moviera algún objeto con el poder de sus esfínteres. Le prestaban sus autitos, jugaban a lo que él quería sin discutir. Esta sumisión de parte de sus compañeros lo irritó al principio y terminó aburriéndolo al final del año escolar, pero al mismo tiempo comenzó a entender que a pesar de ser tan pequeño y aunque todavía no lo había utilizado, tener ese poder sobre los demás niños podría llegar a ser algo ventajoso para él.

Y fue en ese instante, días después que sus padres le compraran un delantal nuevo para llevarlo a la sala de cuatro años, al ver las mismas caras perrunas que lo observaban entrar al aula como en imágenes que hubieran estado congeladas durante el verano esperando su presencia para cobrar vida y actuar, que su actitud hizo un giro completo.

Como respuesta a los deseos de sus compañeros, él impartió sus exigencias: autitos, chocolates, figuritas, muñecos de los super héroes de la televisión. En un par de años logró, gracias a su capacidad de mover objetos con sus flatos, la mayor colección de juguetes de la isla y tal vez de los países circundantes, aunque de esto no hay constancia. A regañadientes, bcasi obligado por su madre, compartía sus juguetes cuando algún vecinito lo visitaba.

5

Esta conducta comenzó a preocupar a sus padres, quienes se preguntaban cómo el angelito al que tanto amaban se estaba transformando en alguien que calculaba todas sus acciones para obtener algo a cambio. Se consolaban pensando que el niño no se daba cuenta de ello y que no querer compartir era algo común entre los hijos únicos.

Cuando la colección de juguetes se hizo tan grande que hubo que comenzar a apilarlos en la habitación destinada a las visitas, sus padres le prohibieron que continuara aceptando ‘regalos’.

—Es un vicio horrendo y se llama codicia— le decía su madre —vos no lo sabes mi querido, pero fuera de la isla, en los países donde hay grandes ciudades, hay chicos que no tienen juguetes, y cuando veo la cantidad que estás acumulando no me parece justo, así que si traes un juguete más, los mando todos a algún país donde haya chicos que puedan apreciarlos.

Esta sentencia lo sumió en un silencio que duraría días, durante los cuales sus padres pensaron que estaba enojado por la decisión. Pero en verdad no era así. Estaba pensando. Pensaba cómo sacar ventaja del don con el que había nacido. Y una mañana, después de levantarse de la cama, durante el desayuno familiar, una idea brillante apareció de pronto frente a él. Siempre había estado allí, pero él nunca había reparado en ella. En el escritorio de su padre, en la mesa de la cocina, en el supermercado, en los restaurantes cuando la familia salía los domingos a almorzar fuera, lo había visto infinidad de veces. Se llamaba dinero, y desde ese día iba a ser su mejor amigo.

6

Poco a poco Adrián fue aumentando de tamaño y así también la fuerza de sus pedos, y comenzó a mover objetos más pesados como escritorios o macetas y a cobrar por “kilogramo movido”. Esto se transformó en un espectáculo adictivo y sus compañeros de colegio lo pagaban con el dinero que sus padres les daban para el almuerzo del colegio. Hambrientos al llegar a sus casas devoraban todo, y los padres, ignorantes del verdadero destino del dinero que daban a sus hijos, atribuían este apetito feroz a la edad del crecimiento, el desgaste cerebral del estudio y las energías diseminadas en los partidos de fútbol de los recreos. En la casa de Adrián la tranquilidad había regresado.

La familia estaba orgullosa de los resultados escolares y de la cantidad de horas que Adrián pasaba encerrado en el cuarto estudiando. La felicidad parecía multiplicarse día a día como los granos de arena de un desierto infinito. El chico se cuidaba bien de no levantar sospechas, estudiando para sacar buenas calificaciones y abrigándose para no enfermarse y tener que faltar a la escuela, ya que un día sin colegio significaba un día sin ingresos.

Hasta que, pocos años después del comienzo de este nuevo emprendimiento que lo tenía completamente absorbido, su padre, buscando una pinza que creía que Adrián había tomado prestada, abrió uno de los cajones de su cuarto y descubrió que no sólo ese cajón, sino que los cinco que componían la estructura del mueble, estaban repletos de billetes.

Cuando llegó de la escuela, dos caras aprisionadas en la angustia lo estaban esperando.—Queremos una explicación —dijo sin rodeos la madre levantándose y abriendo el cajón que rebasaba con los billetes apilados prolijamente. Él se encogió de hombros y como no sabía qué hacer, simplemente sonrió y dijo:

—Pero no son juguetes. —Eso podemos verlo, pero queremos saber cómo vino a parar todo este dinero a tus cajones. —Mamá, los chicos de la escuela me piden que mueva cosas para ellos. Varias veces me negué y los más grandes amenazaron con pegarme, ustedes saben que ir al colegio es lo que más me gusta —mintió con descaro —Así que les pedí dinero con la idea de que me dejaran en paz, y por cada objeto que muevo para ellos, les cobro. Miró a sus padres con una mezcla de ternura y remordimiento y casi en un susurro continuó diciendo: —Sabía que ustedes iban a enojarse, sé que no está bien lo que hago, pero de esta forma tengo más tiempo para estudiar. Al término de esta frase estalló en un abrupto sollozo que terminó por desconcertar del todo a los padres que ahora se miraban el uno al otro sin saber qué decir.

—Podrías habernos dicho lo que sucedía desde el principio —dijo el padre tratando de hacer un esfuerzo por creer en las palabras de su hijo, que sonaban encapsuladas en sus oídos. En el fondo sabía bien que no eran ciertas y que el chico se había convertido en algo extraño, lejano de lo que se aferraba a amar y que ya no estaba. Adrián giró sobre sus pies en un movimiento rápido como de bailarín y cerró los cajones, temía que la vista permanente del dinero agrietara aún más el humor de sus progenitores.

—¡Ahora comprendo esa rara habilidad tuya para mantener un orden imposible en el cuarto! —dijo la madre ignorando las palabras de su hijo —¡No era para hacer mi vida más fácil porque trabajo todo el día en el hospital, como tantas veces dijiste y yo lo creí, sino para ocultar esto! Lo que no puedo entender es cómo Lorenza no nos dijo nada siendo ella la que limpia varias veces en la semana. Voy a tener una larga charla con ella mañana.

—Mamá, no retes a Lorenza por favor, ella siempre comprendió lo que estaba haciendo — aunque la realidad es que le pagaba a Lorenza para que no hablara—. Este dinero va a servirnos a todos, con él voy a pagar la mejor universidad, ya sé que ustedes pueden pagarla pero yo quiero darles la tranquilidad de poder hacerlo por mí mismo, he decidido hacerles caso y estudiar Medicina — estas últimas palabras, “estudiar medicina”, eran las que sabía que sus padres querían escuchar. Si bien Adrián estaba recién comenzando la escuela secundaria, sus padres nunca habían ocultado el propio deseo de que su hijo siguiera sus pasos y se convirtiera en un médico como ellos. Nunca habían hablado con él seriamente sobre su futuro, pero al escuchar las palabras de su hijo el padre volvió a creer o a engañarse a sí mismo con la idea de que las actividades mercantiles de Adrián no eran producto de una enfermedad sino de querer cumplir el sueño de ellos. La madre sin embargo no le creyó nada. No lo miró, y podríamos decir que muy pocas veces más volvió a mirar al hijo a los ojos, como si hubiera en ese instante decidido que ya no le pertenecía. Simplemente dijo: —No quiero ver más ese dinero acá —y salió de la habitación.

7

Fueron años de alegría para todos, excepto para los padres de Adrián que veían alejarse a su hijo cada vez más, como si este también se montara en una nube, pero de la que no podía regresar. Pero para Adrián, fueron años de buenos negocios. Ni bien cumplió los dieciocho abrió una cuenta bancaria y se compró una casa para poder vivir sin tener que soportar las caras de reproche de sus padres, a quienes siguió viendo ocasionalmente más que nada porque ellos lo visitaban. Ya no necesitaba a nadie. Su obsesión lo llevó todavía más lejos en el perfeccionamiento de lo que todos llamaban en tono de broma su “arte intrínseco”, y logró mantener a sus clientes suspendidos en la nube creada desde sus esfínteres poderosos, primero uno y luego dos o tres días arriba.

Este proceso era meticulosamente planificado, y los clientes cargaban pequeñas mochilas con alimentos y agua para poder abastecerse durante sus ascensiones. Más adelante construyó una serie de cabañas flotantes bordeando una porción de la isla, donde los padres podían esperar a sus hijos, usar telescopios para mirarlos flotar desde la tierra y pasar unos días de perfecta tranquilidad nadando durante el día en las prístinas aguas de un mar repleto de exóticos peces y arrecifes de coloridos corales, durmiendo acunados por las olas durante las noches en habitaciones con pisos de vidrio para seguir soñando con el mar. Desde la cabina central, unida a la isla por un extenso jardín flotante, niños y adultos eran expulsados por los magníficos gases de Adrián, pero eran los más chicos los que más disfrutaban de sus servicios.

Era un mundo mágico allá arriba, ir al cielo y volver. El lugar perfecto donde los niños podían esconderse y estar seguros. Viajaban en grupo durante fines de semana completos, y todos los días había historias nuevas para contar. Adrián era el guardián de la felicidad infantil, el héroe de todos los niños, una especie de semidios al que todos adoraban.

8

Sin embargo, él solo tenía un objetivo: sentarse por las noches en la habitación de su casa destinada como oficina y ver el crecimiento diario de su fortuna. Tampoco le gustaban los niños, aunque mantenía siempre una sonrisa enorme y una frase amable para hacerlos felices. Pero mientras su negocio crecía, comenzó a darse cuenta de la influencia y el poder sobre los demás que le daba su posición. Y descubrió que eso le daba placer. Desde muy temprano, había aprendido a conseguir que -primero los niños y con el tiempo también sus padres y, en definitiva, el conjunto de la sociedad isleña- hicieran lo que él quería con tal de seguir disfrutando de ese raro don que conseguía con sus asombrosos pedos.

Incluso, muchas veces durante sus reflexiones nocturnas había llegado a la conclusión de que nada lo separaba a él de ser un dios, ya que poseía el don de brindar felicidad a todos, pero a diferencia de dios que la brindaba por amor, él la brindaba por un precio. Adrián entendió que había generado en la isla un hecho tan novedoso, tan único, que con tal de seguir para siempre disfrutándolo los habitantes de la isla lo habían convertido en un objeto de adoración. Y que eso duraría para siempre. Hasta que una mañana ocurrió algo que lo dejó en un estado de estupor. En este orden: la boca se llenó de saliva, la garganta caliente, el aire pesado entraba y salía con dificultad.

Y luego aparecieron, llenando las órbitas oculares desde abajo como un río que desborda, las lágrimas; esta vez y por vez primera, no fingidas. Ese mismo día llamó a sus padres. Pensó en un fugaz instante en contarles cómo se sentía, pero al escuchar la voz del otro lado del teléfono, una voz que él sabía siempre lo había amado pero que tristemente ya no lo reconocía como hijo, no dijo nada y se limitó a escuchar las sorprendidas palabras de su madre que le preguntaban si estaba bien. Sí, estoy bien, nos vemos la semana que viene, cuídense. Y colgó. Ese día trabajó con más intensidad que de costumbre con el propósito de olvidar lo que había sentido esa mañana, pero el sueño no llegó y por la noche caminó durante horas sin rumbo penetrando con pasos ruidosos la oscuridad de la isla, pero todos los paisajes parecían ser sordos. ¿Qué era lo que le estaba pasando?

9

No podía compartir con nadie esa sensación con la que se despertaba ahora cada mañana, se sentía molesto con esa sensibilidad estúpida que le resultaba una carga desagradable y que no acertaba a entender por qué se había instalado en él. Esa tarde, quizás llevado por esa misma incertidumbre sobre sus sentimientos, volvió a su antigua casa, con la excusa de saludar a su madre por su cumpleaños. Lo sorprendió la presencia de una joven que había comenzado a trabajar con ella hacía un par de meses en el mismo hospital. Tenía 25 años, la misma edad de Adrián. Era muy atractiva, y él tomó este encuentro como una señal de que quizás podría empezar a tener una relación como todas las personas que veía a diario. Había tenido sexo con algunas mujeres, pero el temor a tener que compartir su dinero con alguien había sido el impedimento para que esas relaciones se convirtieran en algo más serio que un par de encuentros.

Comenzó a hablarle a la joven sobre sí mismo en un estado de excitación que demostraba mediante gritos al imitar a los niños viajando sobre las nubes de pedos, llantos descontrolados cuando desarrolló el episodio de uno que se había asustado en su primer viaje, una verborrea desbordante que la joven quería por momentos frenar para emitir una frase que no era escuchada por él en su afán de seducirla. Su madre pensó que estaría teniendo un brote psicótico y terminó derramando el té que estaba sirviendo a su colega, produciéndole leves quemaduras en las manos que no le permitieron sostener la taza, que se hizo añicos contra el suelo.

Pero Adrián no reparó en ello. Esa misma noche, al volver a su casa, el recuerdo fresco de la chica estaba allí. Se llamaba Carla. Car-laaaa repitió varias veces.

El nombre era algo que colgaba, algo en lo que colgaba una promesa. La promesa de una planta creciendo en una maceta en un balcón en primavera, en un espacio abierto. Este pensamiento le pareció estúpido, pero sin embargo lo encontró simple y hermoso. Después de tantos días de llantos repentinos, por fin algo lo había distraído llevándolo no supo bien a donde, pero lo hizo sentir bien. La fue a buscar al hospital un par de días más tarde y la invitó a salir. Pero poco tiempo después la relación comenzó a aburrirlo y volvieron las lágrimas diarias que sentía estaban comenzando a enloquecerlo. Nada de esto le dijo a Carla y poco tiempo después la dejó sin darle explicaciones.

10

Tal vez ser más sociable podría ser la solución que buscaba. Tampoco esta resolución tuvo éxito y terminaba la noche borracho tirado inconsciente en el medio de la calle. Estaba solo. Sus días eran todos iguales, podía prever las palabras que escucharía, el cierre de sus negocios al final del día ya no lo sorprendía. Seguía considerándose un dios, pero era el dios de un mundo roto. Esta sensación, similar a una gota de agua continua sobre su cabeza abriendo una herida imposible de sanar, comenzó a desesperarlo.

Entonces fue cuando comenzó a darse cuenta de que los seres de ese mundo roto a quienes hasta entonces había manejado a su antojo para permitirles, gracias a la fuerza de sus pedos, disfrutar -aunque más no fuera a sus hijos- de una experiencia que ninguna otra sociedad del planeta podría haberles proporcionado, ya se habían acostumbrado tanto a que eso fuera parte de su vida cotidiana, que en realidad continuaban haciéndolo como una rutina. Proyectarse al cielo y regresar ya no era algo diferente a cualquiera de las costumbres de aquella sociedad. Y en su mente se dibujó repentinamente la respuesta al malestar y la angustia que lo acometían: ya no era un dios para ellos. Adrián tomó una decisión: ya no volvería a usar sus portentosos pedos para entretener a nadie. Tenía suficiente dinero acumulado como para retirarse a vivir en soledad, lejos de aquella sociedad que ya no le hacía sentir el placer de ser adorado.

Fue una noticia triste para los isleños. Intentaron llamarlo varias veces, sobre todo los niños de la isla que no se conformaban con la idea de no poder volver a volar, pero luego de unos fallidos intentos para acercarse a él, decidieron respetar su retiro y lo dejaron en paz.

Los espléndidos pedos con que Adrián había revolucionado la vida de la isla, fueron convirtiéndose en un mito que corría de boca en boca como un recuerdo de aquellos que nunca se sabe si fueron realidad o leyenda. Pero Adrián no sabía entonces que en un futuro cercano un hecho le daría la oportunidad de recuperar la alegría que lo había abandonado. Y mucho menos que este hecho tendría una forma violenta que ninguno de los habitantes de la isla hubiera entonces llegado a imaginar.

11

La demanda de la humanidad había excedido la capacidad de regeneración de la biosfera. Hacía tiempo que los recursos naturales del planeta habían dejado de ser suficientes en un mundo superpoblado y en donde las inundaciones permanentes, sequías, deforestaciones, tornados habían ido ennegreciendo la vida de los habitantes del planeta tierra hasta hacerla casi imposible.

En medio de la crisis que asolaba al mundo, el grupo de las llamadas IIM (Islas Independientes del Mapa) vivía al margen de los problemas. Operaban intercambios comerciales entre ellas, pero estos eran escasos ya que parecían autoabastecerse. La entrada y salida a las islas estaba abierta a los países del resto del mundo, pero ningún isleño había mostrado interés en salir de ellas en los últimos ciento veinte años y según estadísticas que fueron cuidadosamente evaluadas por los gobiernos en crisis, solamente cinco ciudadanos de diferentes etnias y condiciones socioeconómicas habían mostrado un interés turístico y visitado las islas en los últimos cincuenta años. De estos cinco individuos ninguno había regresado, suponiendo entonces que habían adoptado las islas como su nuevo hogar.

Pero lo más extraño, es que los horrores climáticos no habían afectado a las I.I.M. ¿Cómo había sucedido esto? Nadie encontraba la respuesta, pero la situación global empeoraba cada día, las presiones sobre los gobiernos que aún poseían ciertas pero insuficientes riquezas comenzaban a ser cada vez más violentas y esto los llevó a elaborar un plan que, como siempre en la historia, favorecía solo a los más poderosos: mientras el mundo se desmoronaba, los más pudientes se ocultarían en aquel paraíso. Así, los países involucrados comenzaron a mirar a las islas con codicia. Pronto supieron también que los isleños, en su afán de libertad, no habían educado a sus habitantes en la práctica del ejercicio marcial, algo que los habría ayudado a defender su soberanía. Erademasiado tarde para salvar al planeta, pero los que todavía poseían cuantiosos recursos podrían al menos salvarse ellos.

12

La noticia de la exterminación de todos los habitantes del territorio más cercano llegó a la isla donde vivía Adrián. En un principio no entendieron el porqué de la masacre. La situación del mundo exterior, a pesar de ellos no formar parte de él, no era ignorada por los isleños y pronto se dieron cuenta de que no había sido un acto casual, sino que el grupo de islas era el objetivo y que ellos serían pronto las próximas víctimas. Se reunieron todos en un comité apurado, las caras opacadas por la certeza de una muerte cercana. Sabían que era tarde para emigrar a otro sitio y dejar la isla desierta, y que si emigraban a las grandes ciudades solamente estarían alargando el sufrimiento de sus vidas ya que bien sabían jamás podrían adaptarse a la vida del resto del planeta. Pelear contra la invasión inminente tampoco era una opción, no tenían armas y aunque las tuvieran, tampoco sabrían cómo usarlas. Sus voces eran un barullo continuo sin orden, y poco a poco, cuando todas las esperanzas fueron descartadas, la desesperación robó sus últimas palabras dejándolos en un mutismo cerrado. Sabían que nada podrían hacer ya por ellos mismos, pero no podían resignarse a aceptar la masacre de sus hijos. Debían encontrar un lugar perfecto donde al menos los niños pudieran esconderse y estar seguros.

Mujeres y hombres se miraron al mismo tiempo y de pronto una idea colectiva cobró vida. Y sin vacilar, todos se dirigieron hacia el lugar donde Adrián se refugiaba. El entretenimiento que había tenido un papel protagónico en la felicidad de los isleños ahora quizás podría salvar lo que ellos más amaban. ¿Estaría Adrián dispuesto a salvar sus hijos? Caminaron juntos hasta el sitio recóndito de la isla donde Adrián llevaba años recluido, enterrándose en un silencio que los iba oprimiendo más a cada paso. Al golpear su puerta los recibió un hombre en el que les costó reconocer a aquel que proporcionaba la diversión de sus niños. La barba crecida, una silueta frágil, la imagen de alguien que ha perdido algo de sí mismo y no sabe cómo recuperarlo. Sin embargo, en el fondo de sus ojos conservaba algo del brillo de antaño. No necesitaron decirle nada. Adrián vio en ellos la reminiscencia de aquellas imágenes que lo habían perseguido toda su vida, que habían hecho de su extraño don un objeto de veneración, y ahora acudían a él en un acto desesperado; y de inmediato supo lo que iban a pedirle. Iba a concedérselos, se dijo entonces. Ellos eran hojas de otoño aplastadas en el pavimento y él era el sol que necesitaban. Comprendió que algo había comenzado a renacer en él con la fuerza de antes y que era el momento que sin saberlo había estado esperando.

De pronto una mujer de la que no recordaba el nombre pero que siempre llevaba a sus niños para que hicieran sus vuelos con él, lo tomó del brazo apretándoselo entre sus manos y le preguntó con una voz llena de ansiosa amargura:

- ¿Vas a tener fuerza para esto? Él la apartó con un empujón y tomó distancia de ellos. Y entonces les dijo, modulando la voz fálica que siempre han usado los antiguos profetas inventados por el hombre: — Regocijáos en la felicidad que está llegando. Están escuchando la voz de su nuevo Dios.

**Diana
Huarte**

Visite la web del editor
Escritordaniel.es

Pida su ejemplar de la
Revista en el email
espejocaminante@gmail.com

Nashville

Patricio Ghezzi

Henry White observaba desde la sala de embarque cómo se desataba la tormenta afuera. No pudo discernir hace cuánto fue que sucedió eso, sino tan solo que se trataba de un recuerdo lejano. Recordó el momento en que la aerolínea comunicó a todos los pasajeros con destino a Londres que su vuelo se retrasaría a causa de la tormenta. Henry White vio a la señorita anunciarlo por el micrófono, y escuchó la voz, la misma de siempre, salir de los parlantes del aeropuerto. Nunca antes había conectado aquella voz con una persona. Ningún pasajero reclamó, pues ahí veían la tormenta, no había nada que refutar ni nada que hacer al respecto; solo soltar un suspiro fútil y seguir las órdenes.

Los trasladaron a todos en un *shuttle* a un hotel cerca al aeropuerto. “Acá se quedarán hasta que el vuelo esté listo para partir”, les dijeron. A Henry White le tocó la habitación 807. Echado en su nueva cama de una plaza, bajo el ventilador, reflexionó sobre su trabajo, su familia, su vida. Estaba en Nashville para cerrar un negocio importante, cosa que había logrado esa misma tarde antes de ir al aeropuerto. Pero no sentía la felicidad que había anticipado. Pensó en que le daba igual que se hubiera retrasado el vuelo. Quería que no le diera igual; quería extrañar a su esposa, a sus hijos, su casa, lo suficiente como para que no le diera igual.

Mandó un mensaje a su esposa avisándole del retraso. No le importaba su respuesta porque ya se la sabía. A sus hijos su mamá les avisaría: se la imaginó contándoles, mientras cenaban asado con puré de papás o sopa, y vio cómo sus rostros infantiles no se veían afectados en lo absoluto por las noticias; si algo, les traía una pizca de alegría. Después se vio llegando a su casa y saludando, un saludo forzado: a su esposa un beso rutinario y a sus hijos un abrazo vacilante, impuesto tanto sobre sus víctimas como su agresor. Pero había cerrado el negocio.

Después, en la cama, dudaría si contarle a su esposa las buenas noticias del negocio, por miedo a que no le importase, o peor aún, que no supiese de qué negocio hablaba. Si se acordaba, ella le preguntaría. Pero no lo haría. Henry White se fue a dormir, en el hotel del aeropuerto de Nashville, pensando da igual si el vuelo se retrasa una semana más, si la tormenta dura para siempre.

La mañana siguiente, al abrir las cortinas, la 807 se inundó de luz. A través de la ventana vio una carretera y más allá el aeropuerto, que brillaba por el sol. Henry White alistó su equipaje y bajó al lobby. Antes que pudiese preguntarle al recepcionista a qué hora salía el vuelo, este se le anticipó:

Buenos días Señor White espero haya tenido una noche placentera, le comunico que la aerolínea le ofrece un delicioso desayuno complementario a todos los pasajeros del vuelo a Londres.

¡Oh, desayuno, genial! – exclamó Henry White y fue de prisa a investigar lo que ofrecía el bufet. Tras un extenso análisis de los manjares en exhibición, se sirvió huevos revueltos, tostadas con jamón, cereal con leche, jugo de naranja, y café. Antes de sumergirse en el deleite, se le ocurrió mirar a su alrededor, pues por un instante se había olvidado que existía un mundo fuera de Henry White. Se percató que el comedor estaba lleno de comensales, todos en la misma situación que él. Se trataba de una multitud variada que contaba con gente de un amplio rango de niveles socioeconómicos y etnicidades. Vio grupos grandes, que ocupaban las mesas más largas del comedor y a la vez hacían la mayor cantidad de bulla; y gente que viajaba sola, que parecían ser estudiantes o empresarios de mediana edad como él. También vio muchas señoras, junto con sus esposos e hijos, en lo que se trataba de un viaje familiar, o, por una que otra razón, solas. Había parejas jóvenes y grupos de amigos. En una palabra, era un conjunto variado de personas.

Con el sabor del café todavía en su boca, Henry White se fue del comedor con el estómago lleno y de buenísimo humor. Tras pisar el lobby y no recibir la actualización del estado del vuelo que esperaba, tuvo que dirigirse hacia los recepcionistas para indagar. Escuchó la voz temblorosa soltar con mucha cautela palabra tras palabra, formando lo que apenas se podría considerar una oración comprensible:

- Lo sentimos muchísimo Señor... falta técnica improvisada... muy pero muy leve... no hay motivo alguno de alarma... próximo aviso... mil disculpas nuevamente.

Henry White supo mantener la compostura a pesar del fastidio, pues el buen clima le había sugerido la idea que su vuelo saldría de inmediato. Le avisó a través de otro mensaje a su esposa y, al no saber qué hacer luego, se dispuso de dar una vuelta por el hotel para conocer sus instalaciones. El hotel tenía diez pisos y su cuarto estaba en el octavo. En el primer piso contaban con un gimnasio, una piscina, y un spa; en la planta baja, aparte del lobby y comedor que ya conocía, había un amplio salón y un bar. Al retornar a la planta baja se encontró con el salón casi lleno de gente. A pesar de que, tras dialogar con la recepcionista, supo que todos los huéspedes del hotel pertenecían a su vuelo, no notó ni un rastro de apuro ni preocupación en los rostros que iban sentándose de a pocos en los sillones del salón. Bueno, qué más da, disfrutaré de mi tiempo aquí mientras dure, pensó Henry White, y decidió entremezclarse con la gente en busca de formar alguna amistad.

Pasó por muchos sillones poblados por gente incolora hasta que se topó con una silla vacía en una mesa redonda donde se jugaba a las cartas. La ocupaban otro señor en terno, con pinta de alemán o neerlandés; una pareja que estaría en sus treintas; un asiático taciturno y una muchachita a quienes Henry catalogó de estudiantes; y, por último, una pareja de abuelos.

¿Les importa si me uno? – preguntó Henry White con una sonrisa que sugería más bondad de la que en realidad tenía.

Tras una buena hora o dos de póker y buraco, Henry White había compartido risas y anécdotas con Mads Müller, empresario de Rotterdam; George y Alisa Harris, pareja de cineastas londinenses; Steve, estudiante de computación japonés, y Jessica Stone, estudiante americana de diseño; y los Martin, abuelos de Manchester, a quienes pertenecían las cartas.

¿Oye, nadie ha oído nada sobre nuestro vuelo? – Henry White formuló en algún momento del juego la pregunta, en un tono furtivo, como si hablase de un tabú.

Nadie había oído nada.

Cuando Henry White estaba a punto de agobiarse con el juego y la socialización y comenzar a preocuparse por el vuelo, una señorita anunció a todos los huéspedes-pasajeros:

- Buenas tardes a todos. Hagan el favor de pasar al comedor para servirse el sabroso almuerzo que les invita la aerolínea, que sigue trabajando sin parar para arreglar el fallo técnico imprevisto.

Henry White se sorprendió por la hora que marcaba su reloj: ya eran las dos de la tarde.

- ¡Enhorabuena, el almuerzo, ya estaba con hambre! – Comentó con sus nuevos amigos, que se unieron a su alegría. Con el sabor del café todavía en su boca y el estómago repleto tras haber disfrutado de un lomo fino con papás fritas y un *cheesecake* de postre, Henry White salió del comedor de buen humor, decidido a indagar sobre el estado del avión. Pero de nuevo el recepcionista soltó un hilo de palabras nerviosas y antes que tuviese tiempo de cuestionarlas, Henry White se encontraba cenando en el acogedor comedor del hotel.

Con el sabor del café aún en la boca y el estómago repleto de un fabuloso *rissotto* con champiñones y un cremoso helado de postre, a Henry White, al pisar el lobby, lo venció el sueño y subió sin vacilaciones a la 807, donde se tumbó en la cama y se quedó dormido de inmediato.

La siguiente mañana, al abrir las cortinas la 807 de nuevo se inundó de luz. Henry White se cambió y bajó enseguida, preguntándose desde el ascensor qué escogería esa mañana del amplio bufet de desayuno. En el comedor reconoció a la mayoría de comensales e intercambió sonrisas con sus nuevas amistades de la partida de cartas. Se sentó junto a Mads Müller, a quien pilló solo en una mesa y hablaron de noticias, del estado del mundo, del buen tiempo que hacía esa mañana y de lo rico que eran los huevos revueltos en el hotel.

- ¡Fenomenales! – fue la palabra que usó Henry White para describirlos.
Después del desayuno encontraron a sus amigos en el salón, en la misma mesa del día anterior. Henry White se unió al juego, esta vez sin pedir permiso, pues ya se consideraba parte del grupo.

Había una nueva adición al grupo: dos bellas señoras. En lo primero que se fijó Henry White al sentarse, cosa que le causó sorpresa haber hecho, fue en las manos de las señoras: una, que se introdujo como Rosario Vega, llevaba anillo; la otra, Ingrid Gomes, no. Durante la partida de póker, Henry White no pudo contener su sonrisa. Lo atacaba una inexplicable felicidad que, además, lo incitaba a soltar bromas y usar adjetivos como el que usó con Mads Müller para describir los huevos revueltos; adjetivos que nunca se hubiesen cruzado por su mente en su maquinal vida londinense. Se sintió agradecido de haberse topado, por obra del destino, con ese hermoso grupo de gente. Trató de pensar en sus amigos de allá, de Londres, pero saltaron a su mente rostros que no le trajeron más que ansiedad y estrés.

A las dos de la tarde en punto, los llamaron al comedor para el almuerzo. Esta vez Henry White compartió mesa con Mads Müller, con la pareja de cineastas y con Ingrid Gomes; Rosario Vega almorzaba con su familia en otra mesa. A la izquierda de Henry se sentaba Mads y a la derecha los dedos sin anillos de Ingrid. Conversaron mientras gozaban del copioso almuerzo que les sirvieron, esta vez acompañado de vino; luego tomaron el café. Satisfecho y de buen humor, Henry White miró a sus compañeros de mesa como preguntando, ¿y ahora qué hacemos? Pasó la tarde entre el gimnasio, la piscina y el spa, relajándose como nunca antes lo había hecho. En la noche cenó junto a Steve, Jessica Stone y un par de estudiantes más, que se habían vuelto amigos entre ellos; a su lado, de nuevo, se sentaba Ingrid Gomes. Al ser los mayores del grupo conversaron mucho entre ellos, mientras que los estudiantes hablaban de lo suyo. Fue una cena sensacional, donde se tomó mucho vino, se resbalaron de las bocas palabras

de seducción, y al final de la cual Ingrid le sugirió a Henry, (¿o acaso fue al revés?), visitar el bar del hotel.

Al abrir las cortinas otra mañana, Henry vio iluminarse los cabellos negros de Ingrid, que seguía echada en la cama de la 807. Había sol, pero el aeropuerto ya no brillaba como antes, pues ya no era verano, sino otoño. Haría un poco más de frío afuera, pero desde dentro del hotel no se notaba diferencia.

Al ver a Ingrid Gomes durmiendo en la cama que, tras volverse más seria la relación y decidir mudarse al mismo cuarto, habían cambiado por una tamaño *queen*, Henry White ya no pensó en su esposa ni en su vida londinense. La pareja bajó a desayunar de la mano, intercambiando amables saludos de buenos días con todos los huéspedes-pasajeros que se les iban cruzando. Henry White ya los conocía a todos, al menos por su nombre. Mientras desayunaba los fenomenales huevos revueltos, tostadas con jamón, cereal con leche, jugo de naranja y café, Henry White recordó aquella mañana cuando uno de los huéspedes-pasajeros había amanecido con fiebre. Ahí fue que se descubrió que había dos doctores entre el montón: el doctor Ivanovski, y su nuevo asistente, el doctor Adams. Fue entonces cuando instalaron su oficina médica en la habitación 111, en el primer piso.

Tan solo unos días después de aquel incidente alguien se quejó de la educación de sus hijos; y entonces salieron adelante los profesores, cuyas habilidades en conjunto cubrían todas las materias básicas.

Las habitaciones 205, 206 y 228 se convirtieron en las nuevas aulas, cada una asignada a sus respectivos grupos separados por edades. Los estudiantes universitarios continuaron sus clases en línea sin el menor contratiempo. Así, eventualmente, también se estableció una iglesia, en un *pent-house* del décimo piso; se eligió un presidente y un grupo de congresistas, pues alguna autoridad tenía que haber, y cada cierto tiempo se llevaban a cabo elecciones; y hasta surgió un mercado negro, que traficaba con cosas de afuera, cosas con las que el hotel no contaba. Toda la comida y necesidades básicas las cubría el hotel: complemento de la aerolínea, por su puesto. A veces, Henry White, echado en la cama *queen* al lado de Ingrid, sus hijos mellizos en sus propias habitaciones del hotel, pensaba en su vieja vida.

Más que pensar en su propia vida, sentía que pensaba en una película que había visto hace tiempo en la que él había actuado como personaje principal y con las justas recordaba. Su vieja esposa y sus hijos, que ya serían adultos, de seguro se habían olvidado de él; ya lo habría reemplazado otro Henry White, tiempo atrás. Bajo el ventilador, reflexionaba sobre su vida y su familia.

Pensaba en la época en la que conoció a Ingrid, eran tan jóvenes; en sus primeras peleas; en su matrimonio y luego el bautizo de los mellizos, ambos eventos en el *pent-house* del décimo piso; recordó los matrimonios de los mellizos, qué rápido crecieron, y los nacimientos de sus hijos, los nietitos de Henry White; y en la trágica muerte de los abuelitos Martin, que fueron tan queridos en la comunidad, y de muchos huéspedes más.

Por eso fue que aquel día que llegó la señorita de la aerolínea a anunciar que el vuelo a Londres estaba listo para partir, se retorcieron los rostros en confusión e indignación. Botaron a esa loca de su querido hogar y, por si acaso, el cura limpió el aura de todo el hotel en caso se hubiera tratado de una intervención del diablo.

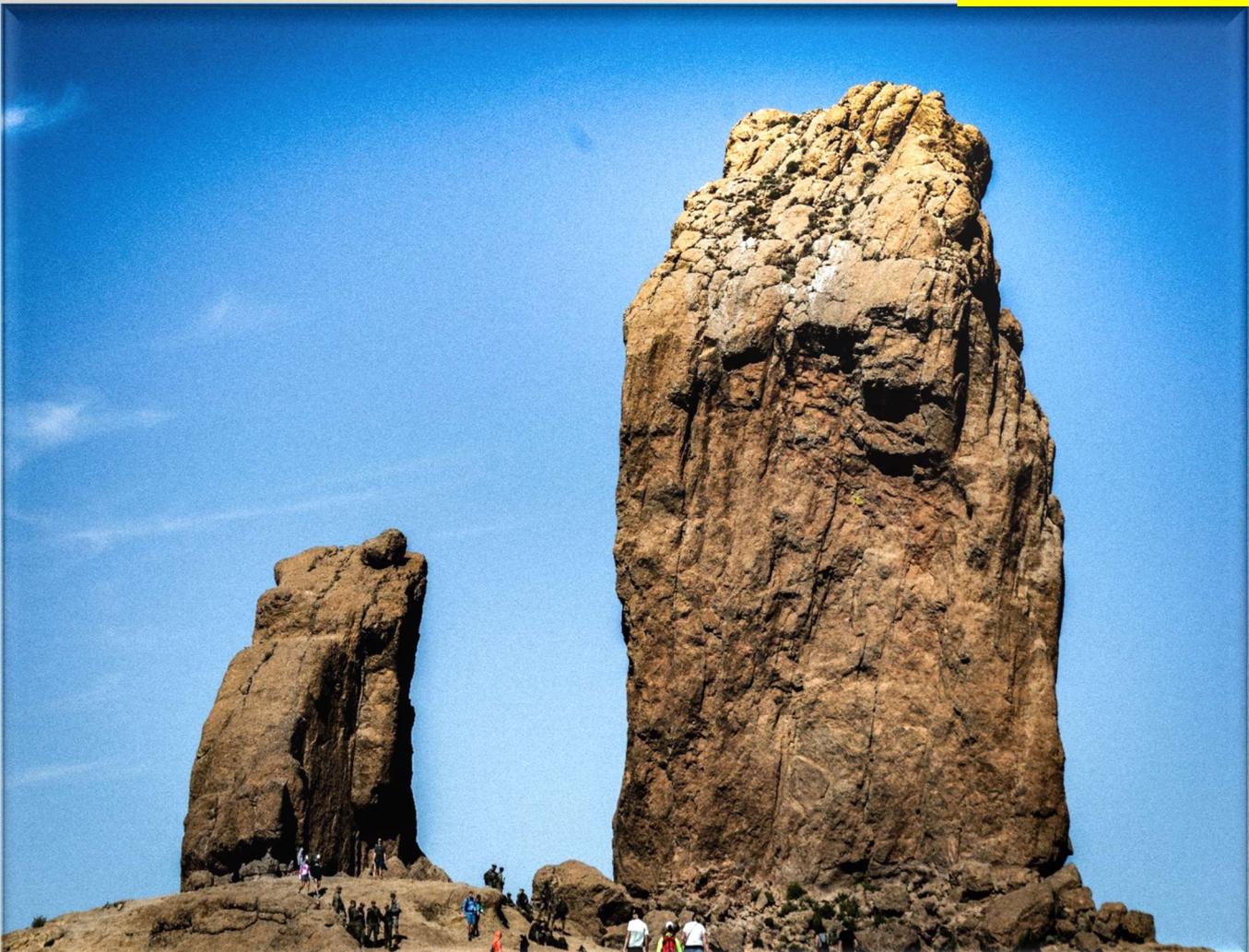


Pueblo de Tejeda , LPGC.

LA GALERÍA

La galería es un espacio de longitud diversa donde los artistas plásticos (pintores, escultores, fotógrafos, ilustradores) pueden mostrar al público sus obras

**KÉVIN
LEGRÁ**



ROQUE NUBLO, LPGC.

ATRAPADOS EN LA RED

La felicidad de las mariposas

Hay sensaciones exquisitas que han desaparecido de nuestras vidas. Echo de menos la crepitante vibración de la palomilla de un despertador al darle cuerda, el chasquido al pulsar los botones de un radiocasete, la seductora lentitud con la que se abría el compartimento de la cinta, el silbido delicioso del rebobinado y la estridente pero embriagadora melodía monofónica de mis grupos preferidos. Recuerdo con añoranza el rítmico regreso de la rueda del teléfono fijo al marcar un número, sonido único e inolvidable, o el traqueteo de la cinta de VHS al entrar y salir del aparato.

Solo los que ya habitábamos el planeta en el pasado milenio sabemos de qué estamos hablando.

Los coches se limitaban a llevarnos de un sitio al otro y no producían más ruidos que los del motor o el claxon. Me acuerdo con cariño de mi primer coche, un Renault 4L. Tenía la palanca de cambios en el salpicadero, con tres marchas, y un solo asiento alargado en la parte delantera. Ninguna señal sonora avisaba de nada, ni de que no llevabas el cinturón puesto, ni de que te acercabas demasiado a un obstáculo al hacer marcha atrás ni, mucho menos, de que una rueda estaba desinflada o de que pisabas la línea del asfalto y te salías del carril. Mi hermano y yo se lo compramos a un anciano agricultor y el vehículo ya tenía más años que nosotros. Un día de carnaval nos metimos cuatro piratas en la parte de delante y dos vampiros y tres prostitutas en el asiento de atrás. Fue su último servicio porque se partió el eje de las ruedas. Una imprudencia de juventud que ahora no puedo sino reprobar. Afortunadamente, conducía despacio y salimos todos ilesos.

Los tiempos han cambiado. Y lo han hecho sin que hayamos sido capaces de asimilarlo. Estamos rodeados de artefactos electrónicos, muchos de ellos interconectados. La cantidad y variedad de ondas electromagnéticas que circulan sobre nuestras cabezas (o por dentro de ellas) es enorme, a la vez que un nuevo miembro ha pasado a formar parte de la anatomía humana: el Smartphone. Se ha adherido a nuestras manos y nos facilita la vida de forma que era inimaginable hace unas décadas, desde darnos la hora hasta indicarnos como llegar a un destino, desde chivarnos la temperatura hasta ayudarnos a hacer cálculos matemáticos, desde ofrecernos juegos virtuales hasta darnos la opción de comprar en cualquier tienda o conseguir cualquier servicio. Es nuestro banco, nuestro archivo, nuestro equipo de música, nuestra agenda, nuestra cámara de fotos, nuestro transistor, nuestro monedero, nuestro reloj y nuestro televisor, entre otras muchas utilidades. Nos permite el acceso al mayor océano de información posible y, además, sirve como teléfono y nos mantiene conectados con personas que se encuentran a nuestro lado o en el otro extremo del mundo.

La nostalgia del mundo analógico nos lleva a recuperar algunos de sus representantes más emblemáticos, como es el caso del tocadiscos. Siempre he pensado que no hay nada más parecido a la magia que una aguja recorriendo los surcos de un vinilo para lanzar al aire delicadas notas musicales envueltas en el chasquido del rozamiento.

La red, que es como se conoce a internet en referencia a un sistema cuyos elementos están conectados entre sí, ha pasado a tener una acepción más trágica: lugar en el que uno puede quedarse enganchado de la misma manera que las mariposas quedan atrapadas en las mallas de los cazamariposas.

El teléfono móvil, pese a sus numerosas utilidades, si se emplea sin medida, empieza a ser un enemigo, un miembro pernicioso de nuestro organismo, como un tumor dañino que pasa inadvertido hasta que ya nos ha producido un mal difícil de revertir. El móvil ha permitido que tengamos un acceso inmediato y sencillo a las redes sociales. Curiosamente, un aparato que se creó para hablar está terminando con las conversaciones. La conexión entre las personas a través del whatsapp, del correo electrónico o de las redes sociales está provocando los mayores índices de sensación de soledad, como explica el psicólogo Marino Pérez en su libro “El individuo flotante”.

El uso abusivo del Smartphone está provocando, además, problemas mentales y alteraciones del comportamiento. Con las redes sociales liberamos dopamina, la hormona que se relaciona con situaciones placenteras. De ahí a la adicción solo hay un paso: el del exceso. Y las consecuencias —de la misma manera que las máquinas tragaperras alejan al ludópata de la familia y de la sociedad— son el individualismo, la distancia entre los miembros de un colectivo y, en definitiva, la soledad. Son muchas las personas que aseguran sentir ansiedad cuando olvidan llevar su teléfono móvil consigo. No deja de ser un síndrome de abstinencia. Estas personas son atraídas por el Smartphone como las polillas por la luz: de una forma incontrolable.

La aparente capacidad para mantenernos en contacto podría confundirnos y pensar que las redes facilitan que nos sintamos en compañía. Es un espejismo; se trata de una comunicación sesgada porque carece de atributos humanos como son el contacto físico, el lenguaje no verbal, el diálogo en vivo y en presente, la mirada, el encanto de la voz y las risas y lágrimas reales (y no los iconos). Estos déficits no producen más que desasosiego.

Desde el falso escaparate de Facebook o Instagram lanzamos una imagen alterada de nuestra realidad. El afán por mostrar cuán felices somos y la búsqueda obsesiva del “like” pueden conducir a los adolescentes y a las personas más vulnerables a una espiral de comparación social negativa, a una competitividad insana que nos separa del sentido de tribu colaborativa y solidaria. Si la premisa imperante es “lo que no sale en las redes, no existe” pasamos a ser esclavos de la mirada de los demás.

La situación puede ser crítica cuando a través de las redes sociales se incita a absurdos y arriesgados retos. El último que se ha viralizado en TikTok es “El que se duerme el último, gana” y que consiste en intentar mantenerse despierto después de consumir, sin prescripción médica alguna, una cantidad de hipnóticos o ansiolíticos como clonazepan, barbitúricos muy peligrosos, que pueden crear adicción y tener efectos secundarios nefastos.

Cada vez es más corta la edad de los niños a los que sus padres les regalan un Smartphone. Aunque en los colegios e institutos existe un control de su uso durante las clases, es necesario que también los padres pongan límites para que los niños y los adolescentes no ocupen todas sus horas de ocio delante de una pantalla, sino que compaginen el móvil con actividades necesarias, como la lectura, los juegos con amigos, la familia, el deporte o el contacto con la naturaleza.

Considero que el teléfono móvil y las redes sociales pueden ser fantásticos inventos para divulgar y promocionar la cultura y el conocimiento, que se les puede dar fines educativos e informativos y que, si los empleamos con moderación para evitar quedar atrapados en la red, también pueden ser estupendos instrumentos lúdicos y de conexión entre las personas.

Hay material de sobra para otro artículo si nos adentramos en los peligros que encierran las plataformas virtuales cuando se convierten en la herramienta de estafadores, pederastas, acosadores, difamadores y un largo etcétera. O si pensamos en que el Smartphone es el dispositivo, entre otros, a través del cual un misterioso y poderoso “Gran Hermano” controla nuestros gustos, nuestros hábitos, nuestra ubicación y nuestros movimientos; en definitiva: nuestras vidas.

Volviendo, una vez más, al símil entomológico, es evidente que las nuevas tecnologías están consiguiendo que cualquier mariposa sea mucho más libre que nosotros. Y, seguramente, también más feliz.

Vicent Gascó

Escritor y docente.

ME PIERDO EN TUS OJOS DE ACERO

En resumen, me molesta la luz
pero le temo a la oscuridad,
procuro destruir algunas sombras
y no dilapido en gritar
cuando escucho mi nombre.

Huyo constante de las palabras aletargadas
el simplón carisma de lo opaco
es un disturbio de mal talante
rumbo a la catarsis.

La alegría será, o no,
un basculante abrazo
para asirnos al sino
de la comedia trágica entre risas
y caricias dulces.

Sin pánico a la soledad
o al atisbo rumbo a un perdido
pero distante ayer,
para vidas que avanzan sin mañana.

Temo un poco a la luz
acercándose sin premura
a mi existencia,
después habrá algún jamás
para desvestirme
al dormir.

**Antonio
Ramírez**

La cuna de los olvidos

**El hombre duerme el vacío
y despierta el desierto
con el polvo que se pega a los huesos
en un triste respirar de pocos espacios
que cubre la brillantez del alma.
Los granos minúsculos de polvo maestro
saben todo de la guerra
porque cuentan la gente que muere
y las moléculas de tiempo
extraviadas en la carne dividida.
El desierto es en el hombre
polvo de la vida
que conoce los vientos lentos
que pasan sin turbar el pensamiento
con el misterio que vive
o que dice de vivir
un poco para sufrir por la felicidad,
un poco para llorar por la vanidad
en la cuna infeliz de los olvidos,
de las perdidas ondas
transformadas de la indiferencia.**

**YULEISY
CRUZ
LEZCANO**

CUANDO ALEMBRARSE DUELE

Agua Amarga. Solo el nombre ya resulta evocador. De angustias. De lágrimas. De sufrimiento. Aldea de pescadores en sus inicios, a orillas de un Mediterráneo esquilado de pejes. Y allí habías ido a nacer en 1922 Frasquita. En aquella desértica pedanía del municipio de Níjar, en la provincia de Almería.

Tu padre, Antonio, tuvo que abandonar redes zurcidas y zurcidas y vueltas a zurcir, guinchos que reposaban semanas en el fondo plano de las barcas sin llegar a usarse, harto de abordar esquifes de madrugada en busca de alimento para su familia y regresar después de muchas horas agotado y con las manos casi vacías. Nada fácil sabiendo que cinco bocas le esperaban en casa, su mujer y los cuatro vástagos que habían sobrevivido hasta el momento. Acababa de empezar una guerra y la vida no tenía la mínima piedad ni consideración con los de siempre.

Y se fue a trabajar a las antiguas minas de plomo de Rodalquilar, en las que se había descubierto oro y que desde el verano del 36 habían sido incautadas por sindicalistas. Tal vez allí podría tener una oportunidad. Al principio mandaba dinero, lo que podía, cuando podía. Hasta que después de un tiempo dejó de hacerlo. Y tu madre, desesperada y harta de pasar hambre, salió en su busca. A pie y llevándote con ella, tenías quince años, junto a tus dos hermanos varones de nueve y dos. La de 17 ya se había casado y vivía en Sagunto. Esos días sobrevivisteis de la mendicidad y los higos silvestres y al llegar a las minas os informaron que el filón en el que trabajaba Antonio se había agotado y ese personal había sido transferido a las minas de hierro de Alquife en la comarca granadina de Guadix. Lo que nadie os dijo fue que tu padre enfermo de tuberculosis decidió volverse desde allí andando a Agua Amarga, pero en el camino empeoró y lo hospitalizaron en Almería donde falleció.

Salisteis de Rodalquilar en dirección a Guadix. Serían unos 150 kilómetros por caminos pedregosos pidiendo limosna, vendiendo haces de leña, y durmiendo al raso. Tu hermano de nueve años una mañana en que os habíais separado para conseguir comida desapareció, así sin más. Lo buscasteis durante un par de días, pero había que continuar. Y en algún punto os falló la orientación. En vez de caminar hacia el oeste lo hicisteis hacia el norte yendo a parar a Puebla de don Fadrique donde os disteis cuenta del despiste. Más de 100 kilómetros de desvío. Esa noche dormisteis a resguardo en una cueva a las afueras del pueblo y al despertar descubriste que tu madre había muerto. Su alma maltrecha ya no pudo con aquel revés. Bajaste a contárselo a los vecinos que hicieron una colecta entre todos para pagar su entierro. Y al cabo de unos días, siguiendo a pies juntillas las precisas indicaciones de los lugareños, optaste por volver, acarreando a tu hermanito de dos años hasta Agua Amarga,

único punto de encuentro tanto para tu padre como para tu otro hermano desaparecido, y donde aún quedaba una hermana de tu madre que podría echaros una mano.

Pero tu tía tenía ya seis hijos de los que a duras penas podía hacerse cargo. Y malviviendo en aquel secarral, a base de recoger leña y esparto, pasando hambre para que el pequeño consiguiese salir adelante, y vendiendo las pocas piezas del ajuar que te había dejado tu madre, aguantaste durante un par de años más. Hasta que en 1940, recién acabada la guerra y sin ni siquiera haber cumplido los 18, dejaste atrás definitivamente aquel olivo milenario silencioso guardián de la aldea y, con el niño de la mano, abordaste uno de esos cargueros repletos de mineral rumbo a Sagunto donde os acogió tu hermana mayor. Aquí por lo menos hay campos y huertas y siempre puedes recolectar algo por las noches, te había dicho. Unos años más tarde apareció por allí aquel otro hermano perdido, que sin decir nada había encontrado refugio en un convento entre Rodalquilar y Guadix donde los religiosos estuvieron dándole de comer durante todo el tiempo.

Te casaste en Sagunto y a tu última hija, mi amiga, le pusiste Antonia por su abuelo. Y solo le contaste la historia de aquel penoso éxodo en su busca en una ocasión, siendo ya adulta. Porque alembarse te dolía Frasquita, preferías el olvido. Pero te quedó el gesto adusto cincelado en el rostro de por vida y ese convencimiento a ultranza de que nadie en el mundo debería pasar hambre. Va por ti Francisca Lázaro. Frasquita.

Fernando Larrauri

PUEBLO

ABUELA

-Esta va a ser tu habitación. Era el cuarto de invitados, pero como nunca viene nadie está un poco desangelado. El abuelo buscó por el desván los peluches que te gustaban cuando eras pequeño. Mira, este es el gatito al que llamabas Bufido. Mi abuela coge el peluche y me lo da. Ni siquiera me acuerdo de él. Hace años que no vengo por aquí, desde que era bien pequeño. El viejo se cruzó un día y ya nunca volvimos. Sé que ella lo hace con toda su buena intención, pero el gatito es feo y le falta un ojo. Cuando me quede a solas meteré estas cosas en una bolsa y las haré desaparecer al fondo del armario.

-Esa habitación de ahí es donde dormía tu madre de pequeña. Está ocupada por tu tío. Ahora mismo está trabajando en la cuadra. Si tuviera un mínimo de dignidad te habría ido a buscar él, pero, en fin, ya sabes como es.

-En realidad no lo sé. Mamá nunca me habló mucho de su familia.

-Tu tío tenía un gran futuro por delante y lo desaprovechó. Pero no vamos a dejar que eso pase contigo cariño, vamos a estar ahí para lo que necesites.

La abuela me abraza con una fuerza inusitada mientras trata de disimular las lágrimas. No estoy acostumbrado a mujeres así de fuertes. En la ciudad, las que conocía parecían frágiles. En el pueblo son resistentes, con una piel gruesa curtida a la intemperie, las manos agrietadas, intenso color moreno cortado por las mangas de la camiseta. Empiezo a ordenar mi ropa en el armario. Doblo las camisetas y las separo por colores. Pongo los pantalones en las perchas y ordeno las camisas. Luego me doy cuenta de que ya nadie va a revisar cómo lo ordeno, así que cojo los jerséis y hago pelotas con ellos y los voy lanzando al fondo como si fueran balones de rugby y me río. Ella lo haría también.

Me empiezan a sonar las tripas y creo que es porque me llega el olor de un bizcocho desde la cocina. Bajo las escaleras y veo a mi abuela sacar un molde de la cocina de leña.

ENTRENADOR

Controlo el balón con el pecho y con el pie izquierdo lo mando al fondo de la red. Siempre se me dio bien el fútbol, pero mi padre nunca me dejó jugar en el equipo de la ciudad, así que es la primera vez que estoy federado. Viene otro centro desde la banda, lo controlo y de nuevo hago gol. Los abuelos se empeñaron en que me apuntara al club por recomendación de los psicólogos. Se supone que me ayudaría por varios motivos. Hacer deporte estimula la autorregulación, de manera que su práctica reduce la intensidad de emociones como la ira, la ansiedad y la depresión. También me ayudaría a conocer chicos de mi edad y estrechar vínculos sociales, tan importantes en esta edad. Y por supuesto físicamente, al encontrarte más enérgico, mentalmente te encuentras mejor.

El equipo de aquí se llama Europa de Nava. Su juvenil juega en una división humilde de la liga regional, pero el entrenador parece creer realmente que podemos subir de categoría. Desde que empezó la temporada hemos ganado todos los partidos, lo cual nos ha convertido en la sensación del torneo, así que el míster se toma excesivamente en serio su labor cuando sale de trabajar de la frutería. Además me he convertido en el máximo goleador, por lo que ahora soy bastante conocido. El balón viene bombeado desde la banda. Me olvido de las órdenes para realizar este ejercicio y pienso en hacer algo más divertido. Echo el cuerpo hacia atrás y sin controlar la pelota le pego de fuerte vuela antes de que toque el suelo. Por desgracia mando al cuero lejos de la portería y se aleja más y más. El entrenador viene corriendo hecho un basilisco y hace sonar su silbato. El tipo viene rojo de ira.

-¡Joder! ¡Quién demonios te habrá dicho que le pegaras de vuela! Eres un chulo de mierda, me tienes harto, harto...

Sigue gritando durante mucho tiempo. Ya ni siquiera entiendo lo que dice, hasta que escucho a un compañero hablar y me miro el pantalón.

-Entrenador pare, el chico está...

Todos se quedan callados y me miran con la boca abierta. Es lo que los médicos llaman parte del trauma. No puedo evitar esta reacción ante las voces que me está pegando, y me acuerdo de ese día. Me quedo rígido y me estoy meando encima.

TÍO

Llevamos las vacas del campo hacia la cuadra. Una vez allí les damos comida, sobre todo maíz que hemos estado triturando previamente. Mi tío no es un tipo muy hablador, pero siempre está sonriendo, al menos conmigo. Me frota la cabeza como si fuera un perrito, y me guiña un ojo. Sé que es una sonrisa amable, pero no una sonrisa de felicidad. Después le ayudo a conectar el sistema eléctrico de ordeño, y poco a poco vamos echando la leche al refrigerador que la mantiene fresca hasta que pase la cuba de la compañía láctea. Acabamos sucios y todo huele a pis y boñiga de vaca, pero no me resulta para nada desagradable. Mi tío saca entonces una cerveza. No me gusta verlo beber. Además, sé que no va a ser la única que se tome. Lo cierto es que, al menos, él no se convierte en un monstruo después de tomar alcohol. No para los demás. Saca una lata de Coca Cola para mí y bebemos juntos mientras cae el día.

-Tío, ¿qué tal os llevabais mamá y tú? Ella nunca hablaba de su familia.

-Bien. Nunca discutimos en realidad. Ella era unos años mayor que yo, así que supongo que tenía ese punto más de madurez.

- ¿Te acuerdas de ella alguna vez?

-Sí.

Abre otra lata de cerveza y la bebe rápidamente. En la radio suena la emisora que pone siempre música clásica. Mi tío dice que eso incide positivamente en la producción de los animales y en el espíritu de las personas. No es como el resto de ganaderos. Cuando no está borracho mata el tiempo leyendo, y en general rehúye bastante el contacto de la gente. Sacamos el rebaño de vuelta al campo para que puedan pastar y que pasen la noche al raso y limpiamos todos los excrementos que quedan por la cuadra. Después damos un manguerazo a todo y cubrimos el suelo con hierba seca.

-Tío, ¿siempre quisiste ser ganadero?

-Nunca pensé en dedicarme a esto en realidad.

Se dirige a la neverita portátil y abre otra cerveza. Me ofrece un refresco pero niego con la cabeza.

-¿Y qué querías ser?

-Estudí derecho. Pero no acabé, lo dejé el último año.

-¿Demasiado difícil?

-Era el mejor de mi promoción. Incluso tenía algún bufete interesado para contratarme al acabar la carrera.

-¿Y qué pasó?

Mi tío se levanta con lágrimas en los ojos y me frota la cabeza. Se da la vuelta y echa a caminar en dirección al bar.

RATA DE BIBLIOTECA

-Buscamos información sobre las guerras cántabras para un trabajo de historia. El profesor nos ha prohibido usar Wikipedia, así que necesitamos algún tipo de libro que pueda tener información al respecto.

La bibliotecaria me mira con incredulidad. Mis compañeros de clase esperan en la mesa. No sabemos como hacer para encontrar los libros que nos hacen falta, y como yo soy el nuevo, me toca preguntar.

-La sección de historia es allí. Historia de Roma en la primera estantería. Quizás el libro que necesitáis sea una enciclopedia. Antes de internet era la mejor fuente de consulta.

Se encuentran en el siguiente pasillo.

Le doy las gracias y me dirijo a por los libros haciendo el gesto del pulgar hacia arriba a mis amigos. Apenas levantan la cabeza del teléfono móvil y cuando regreso con lo que necesitamos hacen caso omiso. Están mirando historias de Instagram y fotos de tías.

Bruno se da la vuelta y me ve plantado.

-Mejor vete tú copiando lo que nos hace falta y luego nos lo pasas.

Voy adelantando el trabajo y cuando me empieza a doler la mano paro un ratito y me levanto a beber agua. A la vuelta Bruno me pregunta por mi perfil de Instagram.

-No tengo. No tengo teléfono móvil aún.

Se me queda mirando como si fuera un marciano. Me enseña como se usan las redes sociales para ligar. Parece que cuando te gusta alguien reaccionas a su publicación. Si ella reacciona a su vez es que está de algún modo interesada, así que entonces le escribes un mensaje en la aplicación.

-Si no apareces en las historias de la gente es como si no existieras. Como esa rata de biblioteca de ahí.

Señala hacia una chica. La conozco porque va con nosotros a clase. Es delgada, de pelo moreno que lleva amarrado en coleta, y luce unas enormes gafas de montura oscura. Ella es la que saca las mejores notas en clase. Ahora mismo se encuentra leyendo un libro tranquilamente cuando Bruno empieza a hacerle burla. Noto como me empieza a subir la presión arterial.

-Por favor, deja de burlarte de ella.

-¿De quién? ¿De la rata de biblioteca? Las ratas no le gustan a nadie.

Hace una bola de papel y se la lanza a la chica. Hiperventilo.

-Por favor...no más...

Todos se empiezan a reír del pelotazo que se lleva la chica, que ahora nos mira. Bruno comienza a hacer una segunda bola de papel. Se dispone a lanzarla hacia la chica.

-¡Aaaahhhh! - Cojo su mano y se la doblo completamente hacia atrás, como si fuera de goma, ante la mirada atónita de todo el mundo.

DULCINEA

-Para mí un bollo de canela y un capuchino.

Miro la vitrina desde la mesa y no me decido. La verdad es que me pediría todos los pasteles porque tienen una pinta buenísima. Opto por la decisión más fácil y pido lo mismo que Sara. La cafetería Dulcinea está situada en el centro, a pie de carretera, y parece que es local de reunión habitual de ciclistas, pues se encuentra atestada de ellos.

-Aquí tienes un resumen de la lectura. Puedes cambiar algo si quieres pero creo que está bien así. Tampoco te he hecho un trabajo de diez, porque daría el cante, pero te pondrán una buena nota.

-Vaya, esto no era necesario.

La chica a la que llamaban rata de biblioteca, en realidad se llama Sara. Después del incidente empezamos a hablar. Primero en el instituto, y luego quedamos alguna tarde para merendar. No somos novios ni nada parecido, pero nos llevamos muy bien. A veces me ayuda con las tareas de clase. Me gusta hablar con ella y creo que le va bien tener alguien de su edad con quien pasar el rato. Le pregunto por sus planes de futuro.

-¿Ya sabes qué estudiarás al acabar el instituto?

-Bueno me gustaría estudiar filología o psicología.

-¿Y qué opción de trabajo tienes?

-Quiero seguir con la quesería familiar. Es un negocio con tradición y no quiero que se pierda.

-Pero eres la persona con mejor expediente de la clase. ¿Cómo vas a acabar trabajando en una quesería?

-Me gusta, y además soy feliz aquí. Estudiaré la carrera que elija y tal vez pueda ser escritora. No creo que sea más feliz estudiando empresariales y trabajando en una gran ciudad en la que pase fuera de casa doce horas, para malvivir en un piso enano que deba compartir con dos desconocidos, y el día de mañana descubrir que he malgastado terriblemente mi vida.

-Vaya.

-¿Y tú? ¿Qué planes tienes?

Bajo la mirada hacia la mesa y vuelvo a mirar a Sara.

-La verdad es que es algo que no había pensado en absoluto. Mi vida ha cambiado tanto que aún me estoy haciendo a vivir aquí. No soy capaz de pensar en nada más.

ALSA

El autobús viaja lleno hasta los topes, así que me veo obligado a sentarme con una señora mayor. Me suena de verla por el pueblo, y como ella también me reconoce va dándome palique. Trato de ser amable y no responder con monosílabos, pero sus preguntas ponen mi paciencia al límite.

-¿A dónde vas un sábado a estas horas?

-Voy a ver a mi psicóloga, a Oviedo.

-No me extraña que vayas, con todo lo que os pasó. Además dicen que la encontraste tú. Supongo que es cierto que la encontraste, ¿no? Debió de ser horrible. Mi anciana madre, que en paz descanse, encontró muerto al padre Luis en la sacristía cuando acudía a llevarle una cesta de manzanas. Imagina el disgusto, la pobre no se atrevió a volver a la iglesia hasta su boda.

Respiro profundamente y cierro los ojos. Cuento hasta diez. Paciencia.

-Sí, me imagino...

-Haces bien acudiendo al loquero. Yo hubiera mandado a tu tío también, después de lo que le ocurrió. Así no se hubiera encerrado en esa casa. Y pensar que está desaprovechando su vida...en fin. En el pueblo estás bien, tus abuelos se desviven por ti. Aquí puedes empezar de cero.

Me giro para mirar a la señora. Ahora voy a ser yo el de las preguntas.

-¿Qué le pasó a mi tío exactamente?

-Pues hijo, después del accidente, en la prueba que le hicieron los guardias, dio positivo. En droga también. La chica estaba embarazada además, eso se supo luego. Obviamente todos le señalaron con el dedo, los primeros

la familia de ella. Le echaron del funeral, menudo espectáculo. Tu tío no volvió a ser el mismo. Venga a beber, el pobre, como si fuera a arreglar algo.

-Entonces eso es lo que ocurrió.

-Levanta guapo, yo me bajo aquí. Tenemos ensayo de baile para la feria. Si te animas algún día puedes venir a mover el esqueleto, que la gente joven sois muy sosos ahora.

Me pongo de pie para dejarla pasar y luego vuelvo a ocupar mi asiento.

CLUB

El ojeador me espera a la salida del entrenamiento con mi abuelo. Viene en un coche grande de la marca Volvo y lleva el pelo engominado hacia atrás. A mí me parece un capullo, pero el abuelo está encantado, porque es de ese equipo de toda la vida y creo que ya se imagina acudiendo al campo a verme jugar.

Después de presentarnos me explica un poco como es el sistema de entrenamiento y me enseña fotos en el móvil de la residencia donde viven los jugadores de las categorías inferiores.

-El club te concede una beca para que estudies allí. Hablando claramente, si te matriculas en la carrera de actividades físicas no tendrás problemas para aprobar, tenemos un convenio con la universidad y te pondrán las máximas facilidades. En tres o cuatro años obtendrás el título.

El abuelo sube y baja las cejas y pone sonrisa de bobo.

-Un título de la universidad, serás el primero de la familia.

-Pero yo...yo no sé si quiero estudiar eso. Ni siquiera sé si quiero ir a vivir allí.

-No seas bobo. Estarás bien. Me han dicho que tienen un equipo de psicólogos a disposición de los chavales. Se preocuparán de que saques tus estudios. Y si juegas tan bien como sabes, tendrás la vida resuelta. Nadie vive tan bien como un futbolista.

-No sé.

-Hijo, es lo mejor que podremos conseguirte. Ya ves que dependemos de la granja. No es mucho lo que se saca de allí. Y este club...

El tipo abre un maletín y me da un dossier de las instalaciones y un contrato para que lo lea. Me pone una mano en el hombro y me mira fijamente.

-Chaval, mírate eso con calma. Es tu gran oportunidad. ¿Acaso quieres vivir en una apestosa granja toda tu vida?

Sonríe y me guiña un ojo, y después nos lleva a comer al restaurante más caro que encontramos.

LA CONCLUSIÓN

Mi tío me lleva en la vieja furgoneta. Dejamos atrás la carretera principal y nos internamos por el camino de grava. En la radio suena una canción que no reconozco.

-¿Quiénes son?

-Los Pixies. ¿No conoces a los Pixies? Madre mía, qué futuro nos espera.

Se baja del coche y enciende un cigarro de la marca Lola. Va vestido de negro. Yo tardo unos segundos pero cojo aire y me bajo también. Llevo un ramo de flores en la mano.

Lirios, nada menos. Abrimos la verja y entramos en el cementerio.

Sabemos dónde está enterrada porque nos lo explicó la abuela, es la primera vez que venimos aquí. Curiosamente no lloro, y él tampoco. Me acerco y dejo el ramo, y acaricio la lápida con la mano. Es raro.

-He pedido a la abuela que seas mi tutor legal.

-No sé si estoy en condiciones de ser responsable de nadie.

Enciende otro cigarro.

-¿Ya le has contado al abuelo lo que vas a hacer?

-Aún no, pero he llamado al club para decirles que no estoy interesado.

-El viejo se va a cabrear.



-No quiero irme de aquí, no estoy preparado. Me gusta el pueblo, estar con la familia, la tranquilidad... -¿Y la universidad?

Niego con la cabeza.

-Voy a matricularme en un módulo de actividades agrícolas. Lo puedo estudiar aquí mismo. Me servirá para trabajar como ganadero. No necesito ir a la universidad para ser feliz.

-Se te están pegando las ideas de tu amiga.

-Y tú tendrás que hacer lo posible para dejar de beber.

Mi tío me pasa una mano por el hombro y me aprieta fuerte. Ahora sí que asoman unas gotas por nuestros lagrimales.

-¿Buscamos la tumba de ella? -Vamos. Caminamos agarrados por el cementerio, tratando de encontrar a su novia.

GUILLERMO

Cedá, Una Historia Confidencial

El Comienzo *“Toda elección implica una renuncia”*

Para comenzar esta historia debemos ubicarnos a mediados del siglo pasado. En mis años adolescente siempre me había destacado por mi habilidad física y mi agudeza mental, cualidades que me ayudaron en mi carrera. Sin embargo, la vida con sus golpes me había debilitado a nivel psicológico, especialmente en cuanto al aspecto social. Por ende, siempre había sido presa fácil de malos y patoteros. Es así que el principal motivo de mi vida fué el superar mis debilidades. El aprendizaje fué largo y muy riguroso. Viví en carne propia eso de “sangre, sudor y lágrimas.” Bueno, sin sangre. Pero aprendí todos los secretos del comportamiento humano.

A mediados de los años 90 participé de una Conferencia Latinoamericana. Me recuerdo recorriendo la feria donde las diferentes organizaciones ofrecían sus servicios y reclutaban empleados. En el sector de organizaciones no gubernamentales me llamó la atención un afiche en el puesto de las Naciones Unidas que leía “Psicólogos Sin Fronteras,” parafraseando al conocido programa “Médicos Sin Fronteras.” Averigüé de qué se trataba y sin más, me inscribí. Esas decisiones súbitas me alcanzaron pocas veces en la vida, pero siempre cambiaron mi rumbo 180 grados.

Y no siempre para bien, por cierto. Pero uno elige con la información que posee en ese momento. Si supiéramos lo que va a pasar sería muy fácil. Y muy aburrido. Pero como decía un filósofo francés, *“toda elección implica una renuncia.”* “Psicólogos Sin Fronteras” tenía como misión proveer ayuda a poblaciones desprotegidas sin ningún acceso a servicios psicológicos o psiquiátricos. La pobreza, la violencia, las guerras, el exilio causan traumas muy profundos en las mentes de las gentes, heridas que no sangran, pero que tienen consecuencias muy serias. A mí me daba la posibilidad de viajar, que era lo que me interesaba. Y si además podía ayudar, entonces era una decisión fácil. Lo que yo no sabía entonces era el precio que debería pagar: el desarraigo, el dolor y la soledad. El proceso de aplicación llevó unos meses, pero fuí aceptado. Comenzaba así el resto de mi vida. Conocí otras culturas y aprendí otros idiomas. Además, me encontré a merced de mujeres hermosas, lo que no estaba en mis planes.

(Continuará)

Dany Adatto

La piel de Eros (III) Raúl Martín

Acto II. La estación de alta velocidad con su altura, su fachada acristalada de sinuosas curvas, cómplice y encubridora de una estructura cercana al brutalismo, y su diáfana plaza de entrada osaban ensombrecer los floridos y delicados trazos decimonónicos del edificio antiguo, desde donde partían vagones menos ambiciosos a destinos más cercanos. Ambas albergaban las imperiosas corrientes dispersas de aquellos que habían amanecido en la distancia desde la que solían ejercer sus empleos, salvo en las ocasiones en las que se requería su presencia física en la urbe, si bien todavía cierto número no desdeñable de ellos debía personarse siempre por los requerimientos de su profesión. Reclinado en un banco espera, y mientras tanto contempla a los pasajeros: abejas atareadas sin descanso ni la necesidad de ello, hormigas que sobrellevaban un incalculable peso en sus hombros, luciérnagas cuya estela iluminadora abría el camino del futuro a los demás, y alguna que otra araña también, soberbias tejedoras de manipulaciones y engaños en los que el resto con ingenuidad caía. A todas ellas les esperaban arenas en las que combatir, y él gustaba de ponderar a esa sociedad a la que amaba y odiaba sin remedio. El tren hace su entrada con increíble puntualidad. Un buen augurio, piensa. Sonríe y entra en las fauces automáticas extrayendo de la mochila el diario, como quien desenvaina el feroz hierro, para, una vez sumido en la quietud circundante e intangible desprendida por la encomiable escasez de presencia humana, realizar otro viaje al extraño mundo de lo vivido:

«Atardecer. Oro, cobre y púrpura. Frescor y vello erizado. A pesar de los ruidos velados que me asediaban, las disonancias de idas y venidas a mi alrededor y el incesante parpadeo de la luz moribunda, mi mirada se hallaba focalizada en las diminutas letras serpenteantes que siseaban eones de conocimiento, actualmente denostados por la sarcástica sociedad de la creatividad y el conocimiento, relegado a la injusta y negligente vocación. Sin embargo, tras varias horas con la cerviz inclinada sobre el profundo manantial de sabiduría, la vista perdía su curiosidad innata y se desviaba hacia derroteros diferentes: atenta a las idas y venidas, a esos extraños comportamientos y tics propios de los estudiantes con el cerebro espesado de tanto bregar heroicamente con sus dragones particulares. Todas esas visiones removían mis recuerdos y desprendían la fuerte fragancia de días enturbiados por un estilo de vida reprochable, que en aquel momento olía a rancio sueño reseco en el paladar. En cambio hoy la sala de la biblioteca universitaria hervía en perfumes de variados matices y en alientos de café que establecían un contrapunto a aquella sinfonía cuasisilenciosa. Entonces la vi. Tras la mampara, en el reservado. Envuelta en un manto de folios que guardaban una letra que se me descubriría tan exótica y hermosa como ella. Su atractiva mirada de concentración presagiaba un cosmos de lucidez, sensibilidad, carisma y nobleza. Describirla, por lo demás, sería desvirtuarla, porque uno no descompone la belleza y analiza sus fragmentos confiando hallar su razón de ser. El juego inocente que manejaban sus dedos, ora acariciando sus pendientes, ora rozando con cierto desdén la curvatura de sus labios, desarmaba todo argumento de perro que habitase en mí, dejándome sin opción a crítica, y la sonrisa dulce y sin tacha que posó con calidez sobre mi gélido ser me trastocó, volviendo del revés todo aquello que con firmeza se me había estado inoculando desde que tenía memoria para desconfiar, temer y odiar como un desdichado más de suerte cambiante.»

Disfrutaba el pacífico viaje y el traqueteo de la felicidad en las conversaciones ajenas. La mirada tras el cristal corría veloz a lo largo de hileras de edificios dispersos que conformaban los barrios más recientes y modernos de las decenas de poblaciones asomadas a las arterias cuyo bombeo constante de personas y mercancías hacía latir los variados corazones de la megarregión. Saltaba caprichosa entre las innumerables azoteas moteadas del verde de los huertos urbanos que se dejaban entrever junto a la profundidad del azul marino propia de la miriada de placas solares que revestían a aquellas, formando un conjunto que pretendía simular una naturaleza ordenada y racional, como la de un jardín; nada que ver con la expresividad de su estado salvaje. También despuntaba rezagada alguna que otra obsoleta antena de televisión. Todos esos distritos se hubieron diseñado tiempo atrás con el objetivo previo de albergar a multitud de trabajadores que realizaban una gran parte o casi la totalidad de

sus maratonianas jornadas laborales en la comodidad de la distancia y el hogar, aunque en muchos casos sus mismos hogares devenían en jaulas aislantes y opresivas, y la supuesta dinámica conciliatoria podía llegar a volver locos a los particulares y a sus allegados, por lo que terminaba resultando una opción bastante común anclar útiles y bártulos en el amarre de algún puerto junto a otros navegantes, bien marineros de empresa, bien piratas emprendedores, pero, en fin, proporcionando todos los medios para beneficio de propios y ajenos.

De vuelta al interior, poblado de asientos, pantallas, sensores, luces entubadas y gruesas cristaleras que delimitaban espacios menores, atendía ahora a uno de los escasos pasajeros; parecía estudiar con acalorado silencio los surcos endurecidos de sus manos, campos labrados con esfuerzo y con seguridad vanamente recompensados. No obstante ahí estaba escrito su orgullo, su conciencia limpia sabedora del honor de su nombre. ¿Qué era lo que veía él en las suyas? El implante protético que reemplazaba tres dedos de mi siniestra volvía a recordarle, como de costumbre, de qué era capaz la familia cuando simplemente se sentía importunada: con el transcurso del tiempo desde aquel fatídico día del exilio sus hábitos se habían relajado y la preocupación constante por no desvelar indicio alguno de su verdadera identidad comenzaba a disiparse en una nueva plácida existencia. Se volvió imprudente, hecho que terminaría siendo penado cuando una berlina negra aparcó frente al edificio y de ella surgieron tres individuos nacidos de las profundidades infernales, dispuestos a ejercer la voluntad vindicante de sus amos. Evidentemente sabían que él era diestro. También sabían que podía seguir acogéndose al privativo seguro médico que en semejante ocasión no contaba con el lujo de despreciar. Sin embargo demandó con insistencia que no instalasen el recubrimiento de piel sintética. Flexionaba los dedos, los reales y los simulados, un poco tensos todos. No. Necesitaría un monumento que preservase bien fresco el recuerdo. En algún futuro, ya fuese en esta realidad o en otras, esos dedos mecánicos agarrarían firme los genitales del patriarca, a la espera de ser cercenados y lanzados a las mareas del océano.

Se evaporaban las densas improntas de lo civilizado con el avance de la veloz máquina. Retornaban los cantos de los pájaros a cubrir el tapiz de árboles desperdigados en tropel ante la ventana de su asiento. No los podía oír, pero podía evocarlos zumbando aquí y allá los tímpanos de quienes han perdido el gusto por los ritmos de la naturaleza. Le agradaban esos días de aspecto casi estival salpicados azarosamente como presagio de la retirada del invierno. Una tregua de los rigores del frío, de la victoria de la penumbra sobre la luz, que en tales momentos rociaba de vigor la campiña y a sus inquilinos. Los cuerpos se expandían, las vestiduras incordiaban, las pupilas desveladas podían contemplar en todo su esplendor la floresta en su lucha por llegar a su pleno apogeo. El pernicioso salitre hoy no escamaba los techados quejumbrosos, más bien salaba los olores del ambiente como si de una comida apetitosa se tratase. En días así se estipularon las primeras concepciones filosóficas, se escribieron versos de amor, de gloria y fama, se erigieron estandartes de lo inútil, que es salvación humana, y héroes venidos de una victoria dudosa sobre los infelices teucros se encaminaban a enfrentar sus más complicadas pruebas, mientras los vencidos cultivaban el siguiente gran imperio que habría de desquitarse con piedad y honra. Esos días eran los mejores para vivir y morir por algo, por todo o por nada.

Los implantes le temblaban de impaciencia, de la anticipación de volver a sentir el roce de su cuerpo, el aroma de sus cabellos, los suaves y cremosos tonos de su voz, pero por encima de todo bañarse una vez más bajo la visión de sus celestiales ojos, regalo de remotos y sabios dioses. Las páginas del diario, venas de papel aparente, en verdad tapiz informático que absorbía las frases y las asentaba en un templo de la palabra oculto a lo tangible, atraían y reclamaban continuar la lectura:

«Noche. Luna llena, brillante. Éxtasis en medio de la quietud de la madrugada, que ojalá no acabe. Empujados ambos a saber por qué fuerzas incomprensibles dirigidas hacia designios insondables, hemos vuelto a entrelazar nuestras respectivas miradas en la demostración del grito sordo que exhala el silbido del arquero obcecado en mantener el sentido de su cometido. En medio de uno de aquellos recintos antaño oscuros y brumosos repartidos aleatoriamente por la ciudad, donde suelen ofrecerse sesiones de géneros musicales variopintos, y que se han ido convirtiendo en una residencia nocturna para mantener a raya la pez de la soledad con la grata ilusión de un compañerismo humano, pero sobre todo con el estrecho abrazo que me proporciona sentir la melodía poseyéndome, tocar sus vibraciones con las palmas extendidas a mis espaldas mientras me apoyo en la pared,

hechizado como los cimientos mismos del edificio... Allí, si bien en el único de todos los locales del ramo al que ella podría haber accedido, aun en cambio a merced de todas las variables que uno pudiera imaginarse sucedidas sin descanso en tanto la existencia perdura impertérrita, los intrincados filamentos se llamaron y han conducido a los corazones a su inevitable encuentro. Tras nuestra conversación sobre todo y nada en particular, sobre lo divino, lo humano y lo no humano, perdida en apariencia en el laberinto que ella sola construía, tan hipnótica que enmudecía no sólo sonidos discordantes de maledicencias y aojamientos sino de todo el entorno, convirtiéndolo en la letanía de un mar rompiente sobre las rocas, y hallándome yo en tanto azuzado por los nervios que me cercaban y mutaban todos los intentos de parir de mi cabeza argumentos bien formados y equipados en desvaríos traicioneros, cuando ya divisaba el desastre que se cernía sobre mí, contra todo pronóstico se ha acordado un próximo encuentro; la esperanza salvadora de todos los males del mundo retorna.»

Sombras intermitentes recorrían fugaces los rostros de los presentes. El timbre desafinado que le había arrancado de su lectura indicaba la siguiente parada en la marcha. Meditaba acerca de esa época que parecía quedar distante, tal vez porque la intensidad con que fue vivida estiraba el tiempo escurridizo hasta casi romperlo. Recordaba cómo la desconfianza, hija de experiencias que hubieron dejado poso en el subconsciente, aconsejaba a diario hacer uso de la moneda de la duda para todo intercambio, y más aún si se trataba de ilusiones peligrosas. Tras aquel nuevo encuentro ella empezó a visitar la cafetería donde trabajaba, siempre que podía obtener el permiso para ello. Tomaba asiento en el reservado de la recóndita terraza, inserta en un callejón coronado de balcones que desbordaban de flores y plantas de vivos colores, esperando a que terminase las tareas de su jornada para entablar otra de sus cómplices conversaciones. A veces él la observaba a través del cristal desde el parapeto del mostrador; oteaba sus delicados movimientos cuando degustaba gustosa el café que le había servido, embebido en sus gestos, mientras ella en tanto leía con suma atención las nuevas de todo tipo y condición, venidas de tierras cercanas y también lejanas, que acababan deshaciendo su estructura de unos y ceros como ceniza desprendida de la luz y el calor de las hogueras informativas al desfilar frente a esos bellísimos ojos en forma de haces holográficos; pues era de natural curiosa, y este mundo la cautivaba.

«Crepúsculo. Ensoñación y llovizna. No he debido hacerlo, es demasiado arriesgado para ella, y asustarla sería el menor de sus problemas. Sin embargo mi osada sinceridad ha sido respondida con afecto y comprensión. Me ha tomado la mano, y ya no deseo soltársela jamás. Ahora caminamos una senda delicada, pendiente sobre nosotros oscila la afilada hoja a la espera de que nos espongamos en demasía. No sucederá. Nos ocultaremos en la densa nube de la precaución y el secreto, el reino de nuestro Elíseo privado».

Pero hay ocasiones en las que el destino se viste de bruma y tiniebla, y enseña los colmillos que desgarran los sueños con avidez.

Hora era ya de desembarcar en una tierra a explorar, una nueva frontera que rebasar y que quedaría incluida en los mapas de su pequeño mundo conocido. El piloto rojo de la entrada a aquella diminuta pero bien pertrechada estación había cambiado ya a verde para los que esperaban, que no eran muchos. El golpe fugaz del chorro de aire desinfectante hacía danzar a los cabellos y los sensores ya se cobraban al vuelo el precio del viaje. Quedaba un trecho hasta el complejo donde se hallaba la residencia, en las afueras del pueblo cuya arteria principal desplegada frente él le invitaba a recorrerla por completo. Su compañía durante el camino no podía ser otro salvo ese recuerdo recurrente que estrujaba el corazón y golpeaba las entrañas, situado en la época en que las visitas a la cafetería que tanto alegraban sus días comenzaron a escasear: palabras sesgadas en sentencias, manos protegidas sobre su regazo, ojos desviados hacia el hiriente vacío, en general todo movimiento modelado con premeditación de acero traslucía la angustia a la que eran sometidos sus sentimientos. Él tenía la certeza de que a través de una brecha abierta en el intento de mantener el hermetismo de la relación se habían conseguido deslizar las garras de la familia. Habían arañado con suficiente rabia como para hacer mella en la inquebrantable convicción que tanto admiraba de un ser que, lejos de acobardarse ante la hostilidad sempiterna y circundante, como esquirra cercada de sombras alumbraba sobre todo aquello que era maravilloso en este mundo. Pero en el talón de cada uno aguarda inextinguible la debilidad, y a ella alguna razón ponzoñosa revestida de amenaza logró alcanzarle en el suyo propio. Ellos eran expertos en infundir temor, y uno especialmente degenerado, que contagia

las mentes como miasma emanado del cubil de sus deseos y valores innombrables. Conocía ese miedo, sabía que era demasiado para ella, sobre todo al constituirse en blanco de un odio especialmente virulento.

« [...] Así el fluir de los días se tiñe por la lejanía que ahora impera entre nosotros, como si una fina membrana interpuesta filtrase toda esencia emocional, dejando paso únicamente sonidos que formaban significados, pero que no dicen nada. Yo no cejo en mi empeño de buscar alguna solución, de conseguir un mínimo de indulgencia aunque tenga que arrastrarme polvoriento y abrazar suplicante las insensibles rodillas paternas, mojando con lágrimas de impotencia su altiva barba, con tal de que se nos permitiera vivir en un cuidadoso ostracismo. Me sorprende el amanecer. Debo cerrar ya este maldito diario. No importa que haga frío o calor, que el viento huracanado se me lleve a mí y a todos, que barra la tierra.

»Tarde. Seca, pero indulgente. Caen las hojas. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez, y desde la muerte del exmaestro, asesinato en verdad... un favor que no voy a agradecer porque no entiendo esa premisa de la misma manera que la familia... el caso es que no sabría por dónde continuar... bien: ni siquiera se me concedió audiencia, y ese esfuerzo sólo empeoró la situación. Tenía la seguridad de que mi vida a partir de entonces corría peligro, pero con el tiempo aquel hecho dejó de importarme, mientras ese mismo peligro no la alcanzara, pues ella era mi cura y desvelo. Deseaba atravesar la maraña de inseguridad entretejida en su raciocinio, tratando de mantener viva la llama hasta poder encontrar una abertura en la asfixiante situación por la que respirar tranquilos. No obstante ese final cierto ningún oráculo podría desgranarlo de la simiente oculta del porvenir, y la duda siempre asomaba. Una opción fracasada tras otra me hundían más en la desesperanza. Retornaba continuamente a cerrar el eterno círculo de errores que no hacían más que alejarla de mí, hasta que ella, finalmente, se decantó por finiquitar aquella dulce pero efímera ensoñación. Su voz rota daba forma al dictamen más temido, que finalmente se extrajo de la atroz urna de las desdichas. No podía dar crédito. Había sido una víctima más de una profecía autocumplida.»

Dejaba atrás el trasiego ajeno de vehículos, de anónimos guiados por sus impulsos cotidianos, hologramas publicitarios de los diversos negocios y de las señales de tráfico, reflejos, ruidos, palabras, luces, todo ello quedaba a la espalda mientras se internaba al abrigo de pinos y encinas por senderos mucho menos transitados, en una subida pronunciada y constante por crestas de terrosas olas, ampliando a cada curva la separación frente a la frontera del mundo. La brisa del mar se pegaba a la piel, las brumas internas se disipaban con ella. El alto vallado del complejo surge de la nada eclipsando a la disposición natural de árbol, hoja y rama, pero sin conseguir esconder aquello que protege: los muros de una casa solariega se vislumbran asomados hacia el cielo que se esparce sobre el llano circundante; una serie de soberbias torres modernas escupen sin reparo la realidad que tendría lugar entre sus innumerables paredes, la que las emplazase décadas antes en aquellos lares. Uno de los costados hunde sus cimientos en un acantilado horadado por un río de modestos rápidos que corren a yacer con la orilla del mar; el interior permanece en el misterio de los no iniciados. Sólo resta esperar a las puertas, ajenas a la osadía de las miradas y las habladerías de las saltarinas lenguas.

Silencio. Los nervios se disparan sin control ante la ausencia prolongada. Una comitiva de razonables excusas irrumpe para convencerle de que sólo era cuestión de tiempo que apareciera. Tiempo, maldito mil veces tiempo, devorador de segundos y milenios con esa psicópata arbitrariedad que bien lo caracteriza. Necesita aire. Respirar. Se levanta. ¿Lo hace? Nunca estuvo sentado. Siente cómo continúa empujando la roca de su esperanza con la certeza de que ésta volverá a caer, una y otra, y otra vez más, hasta la náusea. Pretende vencer a la paciencia misma acomodándose en un borde del modesto precipicio, encendido el diario sobre sus manos en una página previamente marcada y ahora escogida para su lectura con la intención de espolear los recuerdos que constituyen una razón de ser en este momento, aquí y no en cualquier otro lugar.

Continuará...

Abriendo los brazos

Quitaré de mi pecho la barrera,
dejaré que se extiendan mis brazos,
tanto, tanto, hasta que su límite duela,
Hoy dejaré de cruzarme de brazos.

Dejaré de cuidar que me hieran,
dejare que mi pecho mire las estrellas,
dejare al corazón latir sin opresión,
dejaré que fluya libre y sincera, mi respiración.

He decidido hoy abrir los brazos,
y con ellos abrir mi vida,
he decidido poner fin a la tristeza,
y vivir la vida siempre plena.

Hoy he decidido volver a amar,
a entregar mi corazón que estaba preso,
preso entre dos brazos cruzados,
prisión voluntaria contra el miedo.

Hoy estoy abriendo los brazos,
y estoy mirando hacia el cielo,
hace tiempo no veía el sol tan claro,
hace tiempo no sonreía tanto al viento.

Las cicatrices de mi Pecho muestran las heridas,
que se han ido curando con el paso del tiempo,
se aprende siempre de las caídas,
y se aprende tanto más de los remedios.

Estoy abriendo de nuevo los brazos,
como para darle otro abrazo a la vida,
bienvenido sea el amor a mi cuerpo,
bienvenida sea de nuevo la vida.

Abriendo los brazos,
y sonriendo hacia el cielo,
cerrando los ojos de alegría,
entregando el alma sin miedo.

Abriendo los brazos,
dejando ver mi interior,
no volveré a cruzarme de brazos,
volveré solamente a abrir mi corazón.

Carlos Ruíz

Autores Julio

Francisco Álvarez Koki/Julio Torres Sánchez/Leticia Chaurand/ Escritor de sueños/
Markos Manchado Mateos/Levine/ Andrés Riquelme Peña /Darwin Redelico/ Ana Paulina Calvillo/
Miguel Ángel Acquesta/Jessica Carrasco/Damián Andreñuk/ Galvarino Orellana/Aldo Ramón Padrón
Sosa /Reina Casals / Lara Fortina /Patxi Irdanguiren/Yuliana Lizárraga / Tomy / David García
Alonso /Antonio Cano Lax /Larissa Araújo da Cruz / Índigo /Jorge Etcheverry /Rubén Don

Autores de Agosto

FLORENCIA CUADRA GARCÍA / EDUARDO OMAR HONEY E. / CECILIA BARRERA
JULIÁN RINCÓN RIVERA / MABEL SIERRA KARST /JACKIE BOULTON /ALEX VALDENEGRO
SHEREZADA / DAVID BERLANGA / RUBÉN MARTÍN CAMENFORTE / JOSE MIGUEL SÁNCHEZ
COLL
EPSILÓN / NEWMAN / DANIEL LIBEDINSKY WALERSZTAJN / LEIJAN / ARIADNA / FIDEL
IRENE ORTEGA GUERRERO / LALESKA CUBA FERNÁNDEZ / FERNANDO MÉNDEZ GERMAIN
LA GALERÍA: MATI / LENA BARLOZ

Carta del editor

Hola a todos. Siempre siento mucho apuro al llegar aquí y ver el cuadro de autores pendientes. Como algunos, solo por la fecha de envío, vais a ver retrasada vuestra publicación.

Como podéis comprobar en este número he metido obras largas, que hacen que sea menos representativa del número de participantes al reducirse el espacio para que puedan participar más. también habréis visto que algunos directamente los estamos dando por partes (actualmente 2). Hay un desfase importante, ya que el periodo de recepción de obras fue muy amplio y sois muchos los que queréis veros publicados.

Pero, por fin, puedo comunicaros que en Agosto ya estaréis todos publicados al menos una vez, salvo algún escrito que se me haya podido traspapelar. Ha sido una cantidad ingente de información y buena literatura y también muchas gracias a los que habéis colaborado enviando material gráfico, que hace más atractiva la revista (al menos visualmente).

Para muchos hay una nueva convocatoria a poetas y los demás a partir de septiembre tendréis otra convocatoria pública a través de la página web escritores.org. Queremos saber vuestra opinión: si os ha gustado, sorprendido, qué cambiaríais, qué añadiríais, etc.

Dado su enorme presencia, a partir de septiembre saldremos todos los días en redes (Facebook) haciendo mención de uno o dos escritores, para mayor visibilidad. Esto es lo que os puedo ofrecer, dado que la revista va a continuar siendo gratuita vía email. Algunos la queréis en papel: para eso debéis usar el pdf, que os enviamos, que es el mismo que usamos nosotros para imprimir la revista.

No sobran los espacios donde uno pueda, con interés de la gente, colocar sus escritos y tener una difusión. Incluso aunque tengas redes sociales con seguidores, el algoritmo siempre selecciona solo un mínimo salvo que pagues publicidad, como a veces he hecho. Lo cual quiere decir que es posible otra programación diferente a la telebasura y que estamos mediante las pantallas formando generaciones sin espíritu crítico. Tened paciencia los que seguís esperando. Un abrazo para el camino.

DANIEL COLLADO AZORÍN

BIOARTIST

Daniel Collado Azorín nació en Madrid en 1970- Es diplomado en Educación Musical por la Universidad Complutense de Madrid. Es autor de seis poemarios: *Ensueños de fría sombra* (2012), *Universo y corazón* (2016), *Cuaderno de León* (2017), *Antiguo, los poemas del cajón* (2018), *El cigarro de la cigarra* (2018) y *Alguien está en el silencio* (2022). Tiene tres antologías de sus versos: *Árbol de Líricas, Esencia, y Hermosía* (2023)

En prosa tiene editados un libro de relatos, *Todos eran mis alumnos* (2007) y una colección de retales periodísticos titulada *Lenguas de ocasión* (2021). *Tequerucho de Montijo* (2022) es su tercer trabajo en prosa. Edita la Revista de creación literaria y gráfica *Caminante*. Ha dado numerosos recitales propios y con otros poetas y participa activamente en los micros abiertos de la ciudad de Madrid. También editó la revista *Sentimientos invisibles*.

Su página web es

escritordaniel.es



DE VISITA

Nada más entrar en el portal un tremendo puñetazo olfativo recibe al visitante. El vecino del bajo D cocina todos los días repollo, comida de vegano, y de “inviegnó”, porque el mismo olor da siempre la bienvenida, independientemente de la época del año en que nos encontremos. De manera que, en cuanto llega, ya teme el momento de la partida, pues sabe que será despedido con otro puñetazo semejante. Más adelante hay dos ascensores, cada uno con su pulsador correspondiente.



No importa cuál de ellos se accione, siempre llega antes el otro ascensor. Hasta ahora nadie ha sido capaz de dar una explicación coherente de este fenómeno. Al llegar al séptimo piso y salir del ascensor la puerta de la vivienda espera entreabierta, esto es lógico si se tiene en cuenta que el visitante ya ha anunciado su llegada a través del portero automático.

La ceremonia de bienvenida tiene lugar en el angosto recibidor, visitante y anfitriones intercambian estrechísimas muestras de afecto, se besa a quien se tiene delante y se choca la espalda de quien esté detrás.

Una vez en el salón, cada cual ocupa el asiento de costumbre, según criterio consuetudinario de origen desconocido, en los mullidos sillones de tapicería color marfil, cuya monocromía rompen unos cojines de confección doméstica con bordados florales de *petit point* de puntada menuda, perfecta. En el centro, una mesa baja de madera oscura, lisa, reluciente, sin una sola huella de dedos o cercos de vasos.

El salón rebosa luminosidad. La pared del fondo la ocupa, de lado a lado, un enorme espejo que multiplica el fulgor emitido por la lámpara de araña de cristal de La Granja, o similar, que cuelga del techo. En la pared opuesta, una vitrina con iluminación interior realza el brillo de la cristalería y de los diversos objetos de plata, cuidadosamente bruñida, que se exhiben en ella. La amena charla gira en torno a temas y anécdotas sobradamente conocidos, por lo que el visitante prevé sin dificultad de qué se va a hablar a continuación. Los anfitriones disfrutan relatando minuciosamente acontecimientos mil veces narrados y el visitante atiende expectante, como si fuese la primera vez que los escucha.

Poco después se le ofrece un refrigerio que acepta encantado. Sobre la mesa se despliega un mantel blanco decorado con motivos florales de punto de cruz y rematado por una ancha tira de ganchillo, todo ello salido, lo mismo que los cojines de *petit point*, de las habilidosas manos de la señora de la casa. El visitante alaba la delicadeza de la labor, cortesía que ella agradece con una amplia sonrisa, mientras un destello de vanidad ilumina su mirada. Se obsequia al visitante con un café y un trozo de bizcocho, elaborado por el hijo pequeño, que ha salido algo cocinilla y ha pasado afanosamente toda la mañana entre harina, azúcar, huevos, mantequilla, levadura y quién sabe cuántos ingredientes más. Tras recibir su porción en la mano, sobre una servilleta a juego con el mantel, el visitante le hinca el diente con decisión, pero con escaso éxito, pues el chico aún no ha debido de cogerle el punto al tiempo de cocción y el bizcocho tiene una consistencia semejante a la de la piedra pómez. Mira de reojo al aprendiz de repostero, que desvía la mirada al tiempo que sus mejillas se tiñen de grana.

Llegado el momento de partir se hace necesaria una visita al cuarto de baño, igualmente luminoso y brillante y perfumado con un suave aroma de lavanda. Aunque no hay constancia de que los habitantes de la casa sufran alguna discapacidad que les impida manejar adecuadamente los dispositivos existentes, la tapa del inodoro siempre está abierta, mostrando así las interioridades de ese conducto de incierto término. También hay profusión de mullidas toallas, todas blancas y rematadas con una ancha tira de ganchillo semejante a la que ya ha tenido ocasión de admirar en el mantel. Como despedida se vuelven a intercambiar en el recibidor las mismas estrechas muestras de afecto de la llegada, aderezadas ahora con los sinceros deseos, compartidos por todos, de que la visita se repita con más frecuencia.

Una vez en el rellano de la escalera, el visitante pulsa el botón de llamada del ascensor de la derecha, unos instantes después llega el de la izquierda, abre la puerta y se introduce en él. Al tiempo que sigue en el indicador luminoso el descenso de los pisos, sus entrañas se contraen temerosas, presintiendo el inevitable puñetazo de olor a repollo que le despedirá en el portal.

PILAR ABIA